

BOSQUEJO

DEL

COMERCIO DE ESCLAVOS

Y

R E F L E X I O N E S

SOBRE ESTE TRÁFICO

CONSIDERADO MORAL, POLÍTICA Y CRISTIANAMENTE

ADVERTENCIA

Gran parte del siguiente Bosquejo está casi traducida de la Carta que el célebre defensor de los africanos Mr. Wilberforce dirigió a sus constituyentes, cuando se agitaba la cuestión sobre el tráfico de esclavos en el Parlamento de Inglaterra. Valiera mucho más, si fuese una traducción completa de aquella Carta; pero no sería tan propia para el objeto con que se publica. Mr. Wilberforce debía discutir y tratar su asunto por todos los aspectos que tenían relación con la nación inglesa; pero sería fuera de propósito dirigir las mismas razones al pueblo español que se halla en muy diversas circunstancias. Como las Cortes Extraordinarias decretaron en 2 de abril de 1811, la abolición del tráfico de esclavos, y luego suprimieron este decreto (a lo que se entiende) por consideración a las reclamaciones de la ciudad de La Habana, que es la única que levantó la voz contra aquella medida; es indispensable hacer ver a la nación, la clase de argumentos en que se fundan los interesados en el tráfico, para pedir su continuación a la sombra de la bandera española. Los editores de

este Bosquejo poseen una copia ms. de la representación de la ciudad de La Habana a las Cortes, en 20 de julio de 1811, y en este documento van fundadas muchas de las reflexiones que contiene este bosquejo. Inútil sería hablar más del modo en que va hecho, ni pedir perdón a los lectores de los defectos de ejecución de que irá plagado. La presente está lejos de ser una obra literaria: es un Memorial dirigido a cada español en nombre de las víctimas que la codicia de alguno de sus paisanos está arrancando todos los días de la costa de África. Lo inculto y desaliñado de su composición y estilo, podrá, desde luego, quitar toda sospecha de artificio oratorio. La causa de que se trata es demasiado importante y sagrada para que sus abogados no escrupulizasen de recurrir a semejantes medios.

Londres, Marzo de 1814.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Modo de proveer el mercado. Efectos morales del tráfico en África

Los habitantes negros de África han sido mirados por los europeos como objeto de una especulación mercantil muy lucrativa. Los españoles insisten en que tienen derecho a continuar este comercio, y su bandera unas veces se alquila para ir por cargamentos de esclavos para los súbditos de las otras naciones que lo han prohibido, y otras, lo conduce bajo la salvaguardia nacional a sus propias colonias de América. Justo, pues, será darles una sucinta historia de este ramo de su comercio. Exposición

Todos estos derechos de que constará esta historia están comprobados del modo más indudable y pasados en juicio contradictorio, en que la multitud de interesados en el tráfico de negros que había en Inglaterra, procuró, por todos medios, debilitar los fundamentos sobre que estribaban los amigos de la abolición de este comercio. Por otro lado, el que estos hechos sean relativos, en parte, al tráfico que hacían los ingleses, no quita que sean aplicables al que hacen otras naciones. La reflexión más ligera Autenticidad y verosimilitud interna de los hechos que contiene el Bosquejo.

bastará a persuadir al lector, que los que aquí se referirán no son abusos accidentales, sino cosas que están en la misma esencia de este comercio en hombres. Españoles o ingleses, nada importa para el caso: unas mismas causas producirán constantemente unos mismos efectos, aunque las apliquen diversas manos.

Es esto tan cierto, que bastaría una mediana penetración y tal cual conocimiento de los hombres para formar la historia de este comercio, y de los efectos que causa en los países que le dan pábulo, sin necesidad de recurrir a deposiciones de testigos. Reflexiónese cómo la demanda de un género hace que se llene el mercado. En el presente caso el género consiste en hombres, mujeres, y niños: ¿Podemos, pues, dudar que los que venden a los europeos usarán cuantos medios son inimaginables para hacer suficiente acopio? Aun cuando hubiese títulos legítimos para vender a una criatura humana, y con ella a toda la generación que produzca: ¿Podríamos creer que un país tan poco civilizado, y tan dividido en pequeñas naciones como lo está África junto a sus costas (que es donde está el mercado) se usarían sólo medios legales para tener esclavos que vender a los traficantes?

Más, los hechos exceden a cuantos pudieran abrazar las conjeturas. Veamos, pues, de qué modo se procuran los esclavos en África, y por una consecuencia inmediata sabremos los efectos que semejante comercio debe tener en aquel continente¹.

¹ El lector no debe olvidar que aquí no se trata de los agravios, males y miserias que el tráfico negrero pueda causar a los que ya están hechos esclavos, y en poder de los que los han comprado en América.

Muy gran parte de los esclavos que compran los europeos son prisioneros de guerra. En África, como en todas las partes del mundo, aun cuando el estado inculto de sus habitantes no los dispusiese mucho a mutuas hostilidades, bastarían las pasiones comunes a la humanidad para causarlas. Pero el deseo de lograr prisioneros que vender a los europeos, es un vehementísimo incentivo a la guerra entre los africanos. Mungo Parke, que ha viajado más por aquella parte del mundo que ningún otro hombre blanco, y cuyo testimonio es del mayor peso y autoridad en estas materias, nos describe del modo siguiente las guerras de África, sus clases, y principios.

El comercio de esclavos, gran incentivo de guerra en África.

Dos son (según este viajero) los géneros de guerra que hay en aquellos países. Una, como las nuestras de Europa, es guerra abierta y declarada: ésta generalmente se acaba en una sola campaña. “Dase una batalla; el vencido no piensa en reunir sus tropas dispersas; la masa de los habitantes se entrega a un terror pánico; y los vencedores no tienen otra cosa que hacer que *maniatar prisioneros*, y conducir los despojos y las víctimas”. Éstas son transportadas a la tierra del vencedor, donde las llevan en tiempo oportuno, al mercado de esclavos. Pero el otro género llamado *Tegria* (palabra que significa *Robo*) y que sólo consiste en expediciones de latrocinio; es el que provee principalmente al mercado, y el que presenta más a las claras los efectos del comercio en negros. Se sabe por los testimonios más auténticos que el grande objeto de toda *Tegria*, y su verdadera causa

Carácter de las guerras africanas.

es el deseo de adquirir esclavos; lo cual se hace de esta manera.

Descripción
de las *Tegrias*
o expediciones
para hacer
esclavos.

“Estas expediciones (nos dice Mungo Parke) son de más o menos extensión, y las hay desde 500 hombres a caballo capitaneados por el hijo del rey del país, hasta un solo individuo armado de arco y flecha, que escondiéndose entre las ramas, aguarda que pase alguna persona joven o desarmada. Entonces con una ligereza de tigre, acomete a la presa, la arrastra al bosque, y por la noche se la lleva hecha esclava”... “Estas correrías (continúa más adelante) se ejecutan con el mayor secreto: un corto número de hombres resueltos, guiados por algunos de conocido atrevimiento y valor, atraviesan calladamente los bosques, sorprenden por la noche a un pueblo indefenso, y se llevan a sus habitantes y cuanto hay en él, antes que los pueblos vecinos puedan venir a socorrerlo”... “Una mañana durante mi residencia en Kamalia, nos puso en gran susto una de estas partidas. El hijo del príncipe de Folado, con una tropa de a caballo, atravesó secretamente los bosques, un poco hacia el sur, y saqueó, a la mañana siguiente, tres pueblos que pertenecían a un jefe poderoso de Jollonkados. El éxito de esta expedición incitó al gobernador de otro pueblo a emprender una semejante en otra parte de la misma provincia. Habiendo reunido como doscientos de los suyos, pasó el río por la noche y se llevó gran número de prisioneros. Varios de los habitantes que habían escapado a estos ataques, fueron después cogidos por los mandingos (otro pueblo diferente) en tanto que vagaban por los

bosques o procuraban ocultarse en los valles o en la maleza”... “Estas correrías son muy frecuentes y los habitantes de varias provincias acechan la ocasión de renovarlas. Ninguna de ellas deja de ser correspondida bien pronto con otra; y en caso de no poderse reunir partidas considerables, se juntan algunos amigos y se internan en el país con el objeto de robar y llevarse los habitantes”. De este modo se excitan y perpetúan querellas hereditarias entre las naciones, tribus, pueblos y aun familias por la vehemente tentación que el mercado de esclavos ofrece a los habitantes; y tal es la pintura de África según el testimonio de un hombre que ha recorrido gran parte de ella; y de quien es preciso decir que no se hallaba dispuesto a exagerar los malos efectos del comercio de esclavos².

Otro de los medios que se usan para proveer a los europeos, es lo que llaman forzar pueblos. Esta operación es semejante a la que acaba de describirse; sólo con la diferencia de que, aunque se le da el nombre de guerra, todos saben que no tiene otro pretexto ni fin que coger esclavos para venderlos. Ejecutase esto, unas veces por partidas sueltas: otras por los soldados de los reyezuelos y jefes, quienes, en ocasiones de embriaguez, que al efecto les causan los factores europeos, son incitados a destruir sus pueblos y robar las personas de sus vasallos. El

Descripción
de lo que
llaman
Panyar.

² Mungo Parke dependía de uno de los más violentos contrarios de la abolición del tráfico negrero, y sus viajes están redactados por éste su protector.

pueblo es acometido de noche: pónenle fuego si se juzga necesario para aumentar la confusión; y los infelices habitantes que huyen de las llamas desnudos, son cogidos y llevados por esclavos. Esto, cuando se hace en pequeño, se llama *panyar*; y el tener un nombre propio prueba cuán frecuente cosa es, y cuán bien conocida. Estas correrías se hacen por los mismos naturales, y son ora más, ora menos considerables y frecuentes a proporción del número de buques que acude a la costa.

Otros medios de los que se valen los traficantes europeos para hacer esclavos.

Mas no se contentan los traficantes con incitar a los mismos africanos a que sean instrumentos de su codicia. Hechos atroces están autenticados en los documentos de donde se saca este bosquejo, que prueban la parte activa que suelen tomar los europeos, cuando la fuerza, o la casualidad se lo proporciona. En efecto, nadie podría creer que los que sin otro objeto que hacer dineros, van desde países remotos hasta el África, para cargar esclavos, serían escrupulosos en cuanto a los medios de aumentar su ganancia. Como ésta consista en la abundancia del género, que es origen infalible de su baratura, y mucho más en poderlo lograr de balde, los traficantes y los capitanes de buques negreros procuran lo uno y lo otro de cuantos modos son imaginables. Pudiéramos incluir en esta parte activa —los licores que embriagan a los más atrevidos y fuertes para que apresen a los más débiles— las armas de que los proveen, y otros medios semejantes de que haremos mención. El coger a toda mujer, niño, o hombre desarmado que encuentran, cuando suben río arriba los botes es,

cosa muy común entre todos los europeos que van a este comercio; pero todo esto se puede llamar virtud e inocencia, si se compara con los medios más activos, y eficaces de que el mercado esté abundante y barato, que se han solido usar por los interesados en el tráfico. Sirva de ejemplo el caso de dos pueblos considerables a orillas del río Calabar. Estos pueblos habrían estado en enemistad por algún tiempo; mas cansados ya de los males de la guerra trataban de hacer paz y confirmarla por casamientos de las personas jóvenes de entrambos, cuando por su desgracia llegaron a la costa unos buques negreros. Los capitanes venían confiados en la abundancia de esclavos que la guerra de aquellas dos tribus debía producir, según la costumbre general en que están de comprar a los prisioneros de ambos partidos. El nombre de paz desesperó a los capitanes; y al momento trataron de estorbarla. Incitaron por los medios más diabólicos ambos pueblos, y tomando parte con uno de los dos mataron a un gran número de habitantes, y se llevaron a los otros en premio de sus servicios³. Sirva este caso de una pequeña muestra, hasta que en otro capítulo hablemos de propósito de lo que son capaces de hacer los traficantes en negros.

Y antes que pasemos a los otros medios de adquirir esclavos, permítase que nos paremos un instante a cerrar la boca al interés de los que desfiguran estos hechos, asegurando que las guerras africanas nacen

Pruebas de que estos males nacen directamente del tráfico.

³ Clarkson's, *History of the Slave Trade*, vol I, p. 306.

más del carácter feroz de aquellos naturales que del deseo de hacer prisioneros para venderlos. Aun cuando concediéramos que las guerras abiertas y nacionales no se emprenden directamente con este objeto; ¿quién podrá negar que las correrías de que se ha hablado y que tan comunes son en África, se hacen sólo por coger esclavos? Pues estas correrías nacidas inmediatamente del tráfico, son origen de las guerras nacionales que destrozan el país: ellas son la causa fecunda y cierta de que los bandos y odios hereditarios que tan comunes dicen ser entre aquellas gentes —odios que los agravios mutuos que de ellos mismos nacen no pueden menos de perpetuar, en unos países en que no se conocen los medios que el derecho de gentes da a los pueblos de Europa para terminarlos o contenerlos. Vemos, al mismo tiempo, que las guerras en África son en extremo crueles y destructivas por el modo peculiar en que se hacen. Así es que aunque no podamos atribuir todas las guerras de toda aquella parte del mundo al tráfico de esclavos, podemos decir con razón que a las causas generales que producen este azote, el tráfico añade una enteramente nueva, que al paso que es en extremo fecunda y poderosa, da a las guerras de África, aunque nazcan de otra causa distinta, un carácter particular de desolación y malignidad. ¡Feliz África (podríamos decir según lo que va expuesto) si no sufriese otros males que los de la guerra abierta! La guerra que es uno de los mayores azotes en otros países, es sólo un ligero mal en la lista de las miserias de África. Las guerras decididas sólo pueden verificarse de tiempo en tiempo según se combinan

las circunstancias; y entre naciones incultas no duran por lo común más de una campaña. Por muchos que sean sus horrores, la idea de que un mal ha de durar poco, mitiga siempre el dolor que causa. Mas no son ligeras ni accidentales las miserias de que África se queja. A la crueldad extremada que en sí tienen, añaden el horror de no esperar intermisión ni alivio.

El mercado de esclavos no se abastece solamente por medio de hostilidades. La administración de justicia, se ha hecho otra de sus fuentes. Según los antiguos escritores⁴, los castigos en África eran sumamente ligeros; pero, poco a poco se han ido acomodando al interés de ganancia que ofrece el mercado de hombres, en especial cerca de la costa. Las faltas más ligeras se castigan con multa de uno o más esclavos, que debe pagar el acusado, so pena de ser él mismo vendido, y muy frecuentemente en beneficio del juez que da la sentencia⁵. Al paso que se aumenta el incentivo de hacer esclavos, se inventan nuevos delitos, y se multiplican las acusaciones y condenas, seduciendo a los incautos con artificios

La administración de justicia convertida en instrumento de hacer esclavos.

⁴ Vide Nyendaël, y Artus de Dantzic, en la *India Orientalis* de De Bry, &c. —Bosman— Barbot.

⁵ Moore, que fue factor de la Compañía de África mucho tiempo por los años de 1730, dice: “Desde que este tráfico está en uso, todos los castigos se han reducido a esclavitud, porque en ella hay provecho, el empeño es encontrar delito, para poder vender al delincuente. No sólo muerte, robo y adulterio, sino cualquier falta leve es castigada vendiendo por esclavo al que la comete”.

a incurrirlas. El delito imaginario de hechicería es el que más produce, porque la imputación es más fácil en lo que no es capaz de verdaderas pruebas, y porque la pena que le corresponde es vender la familia entera del acusado.

Lo cierto es que en algunas partes de África cercanas a la costa, esta acusación es el medio más eficaz que tienen, especialmente los jefes, de lograr géneros europeos. La persona acusada de este delito debe estar a la prueba de lo que llaman el *agua colorada*. Si el acusado la bebe sin mal efecto queda declarado inocente; pero si, como es frecuente (porque el agua es venenosa) le resulta alguna indisposición o muere, toda, o parte de su familia, se vende a los europeos. Un testigo de vista que expuso ante el Parlamento los efectos de este sistema, declaró que había visto al rey Sherbro, jefe del río de este nombre, matar seis personas de este modo, en una sola mañana. En algunos dilatados distritos cercanos a la costa occidental de África, creen los naturales que casi cuantos mueren, son víctimas de alguna operación mágica. En estos distritos se computa que dos tercios de la exportación de esclavos, son vendidos por hechiceros. Cualquiera que se ha enriquecido, o que tiene una familia numerosa, cuya venta puede dar ganancia considerable, excita en el jefe más vecino los mismos movimientos que la vista de una presa en la bestia carnícora —aun el mismo jefe tiene que vivir en un estado de inquietud perpetua.

A este catálogo deben añadirse otras dos fuentes: el hambre y la insolvencia. En tiempo de extrema escasez (calamidad que debe ser muy frecuente en un país en que ninguno goza de seguridad personal) suelen algunos venderse a sí mismos a cambio de algo que comer; y aún más frecuentemente, los padres venden a sus hijos para mantener al resto de la familia. Estas hambres, según nota Mr. Parke indicándolas como fuentes de esclavitud, son efectos de las guerras. Pero al reflexionar que estas hambres son nacidas del modo asolador con que se hace la guerra en África, según hemos notado, ¿no será también justo inferir que al tráfico de esclavos, y a las disposiciones morales que produce, debe atribuirse el que en estas épocas de aflicción nadie quiera dar a su vecino un bocado para que no muera de hambre o se muera en la necesidad de entregar a sus hijos a perpetua esclavitud? Con respecto a deudas e insolvencia, las leyes que rigen África presentan un ejemplo notable del modo en que bajo la influencia del tráfico de esclavos, se amoldan y acomodan a este objeto todos los usos y costumbres del país, y se convierten en medios de abastecer el mercado. Los acreedores gozan del derecho de apoderarse no sólo de la persona del deudor para venderlo, sino que, en su defecto, pueden hacer otro tanto con cualquiera de su familia: si no puede lograr ni uno ni otro puede hacerse el pago con algún habitante del mismo pueblo, y, según Mr. Parke, basta que sea del mismo reino. Lo cierto es que rara vez el deudor es quien sufre, sino sus vecinos o conciudadanos. De aquí es que no se detienen en contraer deudas; porque lo-

El hambre y la insolvencia, fuentes de esclavitud en África

grando así los géneros europeos que les hacen falta, no tienen probablemente que pagar su imprudencia en sus personas. Los capitanes de los buques del tráfico no dudan tampoco en dar géneros al fiado a los factores negros, ni éstos a sus marchantes, porque saben que de un modo u otro se han de cobrar en esclavos.

Efectos de todo lo dicho en el carácter moral de África. Diferencia entre el interior y la costa de aquel país, en este punto.

Los efectos que semejante circunstancia deben tener sobre los habitantes del continente de África, aunque fáciles de inferir por su evidencia, son muy difíciles por su magnitud —la imaginación apenas puede abarcar tan inmenso cúmulo de infelicidad y de crímenes. Es de notar, no obstante, la diferencia de estos efectos en los países interiores y los cercanos a la costa. En el interior del país los reinos, aunque también se hallan divididos en varios Estados independientes, son por lo general de mayor extensión que la costa, adonde comúnmente y en especial hacia Barlovento y la Costa del Oro, todo está dividido en pequeñas tribus, al mando de sus respectivos jefes o gobiernos aristocráticos. Se debe también notar que en una parte muy extensa de la costa de África, que está dividida en un gran número de estados, todo factor blanco, o negro que ha adquirido algún caudal, forma un establecimiento o pueblo, y se convierte en un pequeño jefe, manteniendo contra sus vecinos una guerra predatoria que naturalmente provoca a hostilidades recíprocas. En el interior, nos aseguran que estas correrías contra pueblos diversos, aunque muy comunes, pudieran llamarse raras, comparadas con las de la costa. En los límites de unos y

otros reinos son bastante más frecuentes; y aún por esto nota Mr. Parke que las fronteras de los países más populosos están muy poco habitadas. Otra notable diferencia consiste en que estas piraterías, aunque son frecuentes entre los miembros de una misma tribu, lo son mucho menos que en la costa; y esto por varias razones. En el interior sería más difícil el hacer furtivamente estos cautiverios, y mucho más el tener ocultos a los esclavos todo el tiempo que suele pasar antes de que se presente ocasión de venderlos. Los Reyes, o Jefes, tienen allí más rentas y recursos, y no se ven tentados a recurrir al medio ruinoso de vender a sus vasallos con tanta frecuencia como en la costa, donde los traficantes europeos los instigan a esta barbarie embriagándolos para el efecto. Por esta misma razón se nota que en el interior no se recurre tan comúnmente al pretexto de acusaciones judiciales con el objeto de hacer esclavos.

Mas donde se ven los incentivos a este robo de hombres obrar en toda su violencia, es en la costa. Allí están reunidos y brindando a cuantas pasiones más perversas y violentas tiene el hombre salvaje: allí se ve todo lo que puede mover a estas pasiones, y dar medios de satisfacer su furor —licores pólvora, armas de fuego, todo está allí convidando el delito. La afición a los licores fuertes, crece satisfaciéndola, hasta hacerse una pasión casi invencible. Los capitanes de los buques negreros que son profundos filósofos prácticos, y perfectamente instruidos en el manejo de cuantos muelles malignos tiene el corazón humano, saben bien el poder de esas inclinaciones y el provecho que pueden sacar de ellas. Así es

que generalmente empiezan su expedición haciendo un regalo de aguardiente al reyezuelo o jefe, y saben que esta generosidad les será recompensada abundantemente en carne y sangre humana. Casi puede mirarse como un bien el que el reyezuelo tenga medios de hacer la guerra y quiera vengar alguna antigua injuria, o invadir algún territorio vecino, y hacer cautivos a sus habitantes; porque a no ser así, hace presa de sus miserables e indefensos súbditos. Entre tanto el factor de esclavos, mira tranquilo la contienda, porque sabe que sea vencedor quien fuere, la guerra resulta en su provecho. Da armas de fuego y munición a ambos partidos, y recibe en pago los prisioneros que unos y otros hacen. Bajo este supuesto, no es muy difícil de adivinar lo que, por otro lado, es un hecho indudable —que el factor es promovedor de estas guerras cuanto está en su mano. El lector se acordará del ejemplo horrible del río Calabar que citamos poco ha.

A estos incentivos malignos debemos incluir otros de no poco influjo. Tales son, la afición a los licores fuertes que tan general es en los pueblos bárbaros, y la utilidad que reconocen en los géneros europeos. Sea para ofender, o para defenderse, la armas de fuego y la pólvora son muy apetecibles. En semejante estado de sociedad, todos tienen alguna mala voluntad que satisfacer, o alguna injuria que vengar. Así es como la sensualidad, la avaricia, la enemistad, la venganza y cuantas pasiones horribles hay en el corazón humano, se ponen en acción en tanto que está anclado en la costa un buque, pronto a recibir a grandes y pequeños, a hombres y mujeres,

y a cuantos se presenten de venta, sin distinción ni examen, y ofreciendo por ellos cuanto puede alagar más a los que quieran traerlos. Los capitanes de buques negreros que fueron examinados ante el Parlamento dijeron franca e invariablemente, que según práctica universal, basta que se convenga en el precio, para que se compre a todo género de personas, sin hacer ninguna averiguación acerca del modo en que han sido hechas esclavas, ni sobre el derecho del vendedor a disponer de ellas. Cuando se les preguntó sobre esto, pensaron que el que los examinaba quería burlarse.

Está pues claro que el presentarse un buque negrero en la costa, es lo mismo que si se publicase un premio para todos los actos más horribles de fraude y de violencia. Cualquier niño o mujer a quien se pueda echar mano, es ganancia segura. No es extraño, pues, lo que nos asegura uno de los testigos más respetables, diciendo que los habitantes de aquellos desgraciados países no se atreven a salir de sus casas sin ir armados. Preguntándole a uno de ellos la razón de esta costumbre, contestó muda pero expresivamente, señalando a un barco negrero que estaba anclado en la costa.

Ni aun dentro de sus propias casas encuentran aquellos infelices seguridad cuando está uno de estos buques a la vista. La avaricia persigue con artificio a los que escapan a la fuerza. Las acusaciones son frecuentes y las prácticas supersticiosas o pruebas por agua y fuego se multiplican. Y es de notar que al paso que estas prácticas se han ido aboliendo en el interior del África, ante la turbia luz del maho-

metismo, en la costa son tanto más frecuentes cuanto más acuden a ella los europeos —¡los cristianos!—. Éstos son los que ofrecen ocasión a los padres, a los maridos para que en un momento de cólera les vendan a sus hijos y mujeres; y luego se burlan de su desesperación, cuando vueltos a su razón lloran en balde su pérdida. Éstos son los que no perdonan medio, ni artificio alguno a fin de que toda África contribuya a su avaricia, valiéndose de la superioridad de su saber, para inundarla de males y crímenes. Entre estos artificios no se debe pasar en silencio uno que por su maligna astucia puede bien cerrar esta horrenda aunque compendiosa relación de inquietudes.

**Notable
artificio de los
traficantes
europeos para
tener seguros
los cargamen-
tos al tiempo
que apetecer...**

Es práctica general de los capitanes negreros llevar un cargamento de géneros que trocar por esclavos. Apenas llegan, acuden los factores negros a tomar géneros al fiado que llevar a vender dentro del país. Los capitanes no admiten otras prendas por el valor de las mercancías, que las personas de los hijos o parientes más cercanos de los factores. Fíjase el día en que éstos han de estar de vuelta con el número de esclavos estipulado, bajo la condición de que si no están allí con ellos, el capitán se quedará con las prendas. De este modo se convierten los afectos más tiernos del corazón en instrumento de crueldad e injusticia; porque los factores que van al interior del país a vender su ancheta, no perdonan medio alguno para volver a pagarla a tiempo, con el número de esclavos en que la han ajustado; siendo el amor de

su familia el más fuerte incentivo que lleva a causar la infelicidad de otras por los medios más criminales⁶.

Interminable sería la relación de todos los delitos y males que abastecen el mercado de esclavos. De este modo se compraban de ochenta a cien mil criaturas humanas, antes que la Inglaterra renunciase a tan abobinable tráfico; y de este modo se está comprando en el día un número de que seguramente no tiene idea la nación española, no obstante que el tráfico se hace a la sombra de su bandera. De setenta a ochenta mil negros fueron arrancados de la costa occidental de África en todo el año de 1810; y en el pasado no ha sido mucho menor número.

Continuación de todos estos males que causa en el día el comercio de esclavos que hacen los españoles.

⁶ Esta pintura de los medios de proveer el mercado de esclavos, y de los efectos que el tráfico causa en África, es casi una traducción literal de la que hizo Mr. Wilberforce a sus constituyentes en una elocuente carta publicada al tiempo que se debatió la cuestión en el Parlamento. La verdad de cuanto se dice en esta descripción es tal, que ninguno de los contrarios se atrevió a impugnarla. Tan al contrario fue, que Mr. Bryan Edwards, uno de los más hábiles, y decididos protectores del tráfico, dijo hablando de esta parte de la carta de Mr. Wilberforce, en un discurso a la Asamblea colonial de Jamaica, estas memorables palabras. “Los efectos del tráfico en África son exactamente como Mr. W. los pinta: el todo o la mayor parte de aquel vasto continente es un campo de batalla y desolación; una selva en que los habitantes son lobos, unos para otros; una escena de opresión, de fraude, de traición, y de sangre”. “La aserción de que una gran parte de los esclavos son criminales convictos, es un verdadero insulto y escarnio”.

CAPÍTULO II

Carácter de los negros

¡Ochenta mil criaturas humanas arrancadas de su tierra, privadas de sus padres, hijos, y hermanos, y transportadas a una región remota, sin esperanza de volver al país donde nacieron, y destinadas a trabajar toda su vida a discreción, y en provecho de otros, ellas, sus hijos y los hijos de sus hijos, para siempre! Si hay algo en ellas semejante a lo que nosotros sentimos; si no pertenecen absolutamente a otra especie, si sienten y piensan como los europeos, presentan un cuadro de dolor y miseria de que la imaginación se atemoriza. Pero ¿es posible que quepa la duda más pequeña en esto? Al escuchar los aullidos de un animal que sufre, no podemos dejar de sentir cierto dolor y simpatía, cierto movimiento poderoso que nos dice que hay analogía entre su dolor y el nuestro; y al ver correr las lágrimas de esos esclavos, de esas víctimas de la codicia europea, ha de ser preciso recurrir a argumentos para probar que la aflicción que se las hace verter es tan amarga como la nuestra!

La necesidad de probar a los patronos del tráfico, que los Negros son hombres como nosotros, prueba de la injusticia sensible que a su pesar reconocen en él

Tal es el efecto de la costumbre unida al placer de la ganancia; o, más bien, tal es el poder del remordimiento interior de la conciencia, que así obliga a esos hombres duros, que comercian en la sangre de sus hermanos, a confesar su delito cuando los deja sin otra excusa que el absurdo recurso de pintar a los negros como hombres de otra especie. ¿Qué es esto sino decir claramente que el tráfico que se hace en africanos sólo puede ser lícito hecho en bestias?

Recursos de los interesados para embotar la sensibilidad del público en la cuestión presente

Pero bien pronto vuelven en sí del sobrecogimiento que la luz de la verdad les causa, y recurren a fugios más artificiosos que si no alcanzan a cohonestar su injusticia, pueden a lo menos, embotar la sensibilidad del público en la cuestión presente. Tal es el recurso que tomaron los interesados en el tráfico cuando el punto se trató en el Parlamento de Inglaterra; y al que, siguiendo sus pasos, se han acogido los únicos españoles que han levantado la voz para defender lo que llaman su derecho de comprar hombres en África. *Semi-brutos* llama a los africanos el Ayuntamiento de La Habana: "Sólo de sus madrigueras (dice al Congreso Español) nos pudimos, y podemos proveer con igual abundancia, prontitud, y economía"¹. Y véase aquí cómo los defensores e interesados en la esclavitud, aunque por cierta especie de vergüenza, no dan a los negros el nombre de brutos sino modificado; están tan acostumbrados

¹ Representación de La Habana, a las Cortes en 20 de julio de 1811. De esta representación se hablará más adelante con particularidad.

a mirarlos como bestias, que se les escapan expresiones propias, sólo cuando se habla de los animales más monteses².

Al comparar esta opinión de los traficantes y dueños de negros con las descripciones de los que han viajado por el centro del África, y en especial del célebre Mungo Parke, el amigo y protegido de uno de los más acérrimos defensores del comercio en esclavos, se ve claramente que el corazón del hombre es capaz de defender la mayor de las injusticias con el mayor de los agravios. Los europeos embrutecen a los negros por el tráfico que hacen de ellos, y sus inevitables consecuencias, y luego defienden este tráfico alegando que los negros son *semi-brutos*. Ésta es la verdadera explicación de noticias y opiniones tan contradictorias. El lector imparcial, el lector que jamás haya tomado el gusto a ganancias que son *precio de sangre*, se convencerá bien pronto de que los negros no ceden en *racionalidad y humanidad* a los demás hombres; y cuando, más adelante, haya visto parte de lo que se hace con ellos, acaso se sentirá movido a creerlos privilegiados en estos puntos por la naturaleza, cuando a pesar del tratamiento que sufren no aparecen más que *semi-brutos*, a sus opresores.

Mas, prescindamos, ahora, del carácter de los que pretenden que los negros han sido formados por la mano de Dios, inferiores a ellos, y destinados a servir-

² Es tanto más de notar este modo de hablar, cuanto se escapa a los hacendados de La Habana en una representación escrita con una afectación de humanidad y ternura de que no se puede formar idea sino leyéndola.

los como las bestias del campo. Examinemos el hecho; oigamos a testigos imparciales, pensemos los argumentos de los defensores del tráfico y sentencie cada uno, si los negros son una raza de *semi-brutos* nacidos para nuestro servicio, o si el estado de incivilización en que se hallan es efecto de las circunstancias, y en particular del tráfico que hacen los europeos en ellos.

Pintura del carácter natural, y general de los africanos, sacada de los viajes de Mungo Parke.

Mr. Parke pinta a los africanos del interior, como superiores tanto en sus dotes intelectuales como morales, a todas las demás naciones incivilizadas que existen en el mundo. De su invención y habilidad, de su viveza y amabilidad, del ansia con que aprenden, y el aprecio que hacen de lo que se les enseña, del talento que muestran en los artefactos que ejecutan, están llenas las narraciones de este célebre viajero. Pero lo que más cede en elogio de aquellos infelices pueblos, son las virtudes morales que, a pesar de la ignorancia y falta de cultura en que viven, observó Mr. Parke generalmente en ellos. Sería injustísimo pasar adelante en esta materia, sin tomarse el trabajo de traducir algunos pasajes de su interesante obra.

“El carácter ardiente y soberbio de los negros está templado por muchas cualidades amables. Su gratitud a los que les hacen algún beneficio, no tiene límites; y la fidelidad con que guardan cualquier depósito, es inviolable. Durante la presente guerra han tomado las armas, varias veces, para defender a los barcos mercantes ingleses, contra los corsarios franceses; y en muchas ocasiones se han dejado en Vintain por tiempo considerable, géneros de mucho

valor al cuidado de los Feloops (tribu que vive en los bosques, y es más feroz que las otras) y jamás se les ha visto faltar a la buena fe en este encargo”³.

“Es muy notable que un africano perdona más fácilmente una bofetada que una injuria dicha contra sus padres: ‘Hiéreme; pero no maldigas a mi madre’; es expresión muy común entre los esclavos”⁴.

El amor entre padres, hijos y hermanos es tierno, en extremo entre los negros. Vean los lectores este ejemplo de ello, entre muchos. “A eso de las dos de la tarde avistamos a Jumbo, pueblo del herrero (un negro que iba en compañía de Mungo Parke) de donde había estado ausente más de cuatro años. A poco de esto, un hermano suyo que, no sé como, sabía su venida, vino a nuestro encuentro, acompañado de un cantor, y trajo un caballo para que el herrero hiciese su entrada con toda decencia; y nos pidió que pusiésemos una buena carga de pólvora en las escopetas. El cantor iba delante, seguido de los dos hermanos; y bien pronto se nos reunieron una porción de gentes del pueblo, manifestando todos grande alegría de ver a su antiguo conocido, el herrero, y dándola a entender con los saltos y canciones más extravagantes. Al entrar en el pueblo, el cantor empezó una canción de repente, en elogio del herrero, ensalzando su constancia en los trabajos, y en vencer tantas dificultades; concluyéndola con recomendar a sus amigos que le preparasen una buena comida. Llegando al pueblo, nos desmontamos y

³ *Viajes de Mungo Parke*, p. 16.

⁴ *Ibid.* p. 47.

descargamos las escopetas. El recibo de sus parientes fue muy tierno, porque estos incultos hijos de la naturaleza, libres, como se hallan de miramientos, manifiestan sus afectos del modo más fuerte y expresivo. En medio de estos transportes apareció la anciana madre del herrero, conducida por otra persona, y apoyándose en un báculo. Todo el mundo le hizo lugar, y ella alargó la mano para saludar a su hijo. No pudiendo verlo, por hallarse totalmente ciega, tocaba las manos de su hijo con las suyas, pasábaselas detenidamente por los brazos y la cara, y manifestaba el mayor placer de haber sido tan dichosa, que en sus últimos días lograba tenerlo a su lado, y ya que no verlo, podía gozar el eco de su voz. Esta escena (continúa Mungo Parke) me convenció enteramente de que por grande que sea la diferencia de las formas de la nariz y del color entre el negro y el europeo, los afectos y sensaciones características de la naturaleza son absolutamente iguales en unos y otros⁵.

En cuanto a la hospitalidad de los africanos ¿quién que ha leído los viajes de Parke se ha olvidado jamás de la escena de desolación en que una pobre negra le salvó la vida?... “Había pasado todo el día a la sombra de un árbol sin tomar bocado, y la noche amenazaba ser muy mala, porque el viento crecía y las nubes se aglomeraban: las bestias feroces son tantas en aquellas cercanías que me hubiera visto en la necesidad de subirme a un árbol, y dormir entre las ramas. Mas, al ponerse el sol, cuando me

⁵ Pág. 121.

preparaba a pasar la noche de este modo, y había soltado mi caballo para que pastase en libertad, una mujer que volvía de trabajar en el campo, se paró a mirarme, y notando que estaba fatigado y abatido, me preguntó ¿qué tenía? lo cual le dije en pocas palabras. Apenas lo oyó cuando con el rostro más compasivo, cargó con mi silla y freno, y me dijo que la siguiese. Llevóme a su choza y habiendo encendido luz, extendió una estera en el suelo, diciéndome que allí podía pasar la noche. Al oír que estaba muy hambriento me ofreció ir a buscar algo de comer; salió, y habiendo vuelto con un excelente pescado, lo medio asó sobre el rescoldo, y me lo dio. Cumplido de este modo los deberes de la hospitalidad con un extranjero abandonado, mi excelente bienhechora (después que señalando la estera me dijo que podía pasar allí la noche sin recelo) llamó a las hembras de su familia, que habían estado mirándome con gran atención durante todo esto, y las hizo seguir en su ocupación de hilar algodón, en lo que pasaron la mayor parte de la noche. Aligeraban el trabajo cantando. Yo fui objeto de una de las canciones que las muchachas componían. Una de ellas cantaba las coplas y las demás respondían en coro el estribillo. El tono era dulce y melancólico, y las palabras trasladadas a la letra eran éstas. “El viento bramaba, la lluvia caía —el pobre hombre blanco, cansado y rendido, sentóse a la sombra de un árbol— No tiene aquí madre que leche le traiga, ni esposa querida que muele los granos del trigo (Estribillo) “¡Ah pobre hombre blanco! No tiene aquí madre, que leche le traiga, ni esposa querida, que muele los granos de

trigo!” Por pequeñas que aparezcan las circunstancias de esta narración, no podían menos que enternecer a una persona que se hallaba en mi estado. Al recibir un favor tan inesperado, el corazón no me cabía de ternura en el pecho y el sueño huyó de mis ojos para toda la noche. A la mañana siguiente, presenté a mi compasiva patrona dos de los dos botones de metal de los cuatro que me quedaban en el chaleco; y era la única cosa que tenía que darle en prueba de gratitud”. Reflexione el lector que acaso alguna de estas infelices fue después arrancada de su choza por los *hombres blancos*; tal vez estará en La Habana donde, a título de *semi-bruto*, será víctima de la sensualidad y la codicia de alguno de sus habitantes!

Argumento de los contrarios sacado del estado salvaje en que siempre se ha hallado África.

Mas ¿cómo es (dicen) que con todas esas buenas cualidades, sabemos que los africanos han permanecido siempre en un estado salvaje, sin que la civilización haga entre ellos el mayor progreso? “Imaginario (dice la ya citada representación de La Habana) han sido en todos los siglos pasados, imaginarios serán, con toda probabilidad en los siglos venideros los bienes que a los negros resulten de dejarlos en su suelo. Esa asociación filantrópica para endulzar sus costumbres (la llamada *African Institution* en Londres) nada ha adelantado en Sierra Leona ni en punto alguno de África. Igual suerte tuvo otra que desde mucho antes existía en Londres con el propio objeto; y apagada, como está la fermentación que dio el ser a ese establecimiento pío, todo indica, todo dice que los negros seguirán en su inmemorial barbarie o su

destino infeliz, y que este será el grande fruto de la abolición decantada”⁶.

Imaginario serían todos los adelantamientos y bienes de las sociedades humanas, si al rayar sobre ellas las primeras luces, empezasen piratas y ladrones más astutos que fuertes a infectar su suelo, seduciendo, por su mayor saber, a la mitad del país para que destruyese a la otra mitad; corrompiendo las instituciones sociales en su mismo principio, y convirtiéndolas en instrumentos de opresión e injusticia; armando a los padres contra los hijos, a éstos contra sus padres; y esparciendo el terror, la violencia, la inseguridad y la sospecha, en todo el país, sin dejar un asilo a sus habitantes. “Imaginario serían los bienes que a los negros resultaría de dejarlos en ese suelo”, si ese infeliz suelo hubiese de ser mirado siempre “como un madriguera” adonde hayan de mandar por hombres los hacendados de La Habana, y los demás que trafican en ellos, cuando quieran aumentar sus haciendas, porque “sólo de esta madriguera se pueden proveer con abundancia, prontitud y economía”. En vano se cansaría la “Asociación filantrópica” de Londres, tratando de endulzar las costumbres de los africanos, si otra Asociación (a quien no daremos el nombre que le corresponde) ha de estar al mismo tiempo mandando expediciones al África para convertir a sus habitantes en fieras, de modo que se devoren unos a otros. “La fermentación

Respuesta preliminar a este argumento.

⁶ Representación del Cabildo, &c. de La Habana a las Cortes, en 1811, Capít. 2º.

que dio ser a la Institución Africana de Londres” no está apagada, gracias al Cielo; ni lo estará en tanto que haya quien haga hervir la sangre en las venas, reclamando el derecho de robar para venderlos⁷. La asociación, y todos los que no han manchado sus manos en sangre de africanos, están persuadidos íntimamente de que la causa principal del atraso de aquella parte del mundo, no nace de mala disposición de sus habitantes sino de las circunstancias en que se ha hallado desde los tiempo más remotos hasta que los europeos fueron a convertirla en un mercado de carne humana.

Solución del
problema
porque no se
ha civilizado
jamás el
África.

Que el África, esa parte del globo que es casi un tercio de lo que hay en él habitable, nunca haya salido de un estado que debe llamarse barbarie, comparado con el de otras regiones, es verdaderamente un fenómeno que confunde a primera vista. Pero sin detenernos a examinar las faltas de exactitud del argumento que se quiere deducir de aquí, como si

⁷ Los hacendados de La Habana se engañan en cuanto dicen acerca de la Asociación llamada *African Institution*. El número de sus subscriptores y su ardor en promover la civilización de África crece; y todos los años publica una relación en que da noticia al público del estado de su empresa. Sería imposible presentar aquí lo que ha hecho en siete años que lleva de establecida; pero lo que no deben ignorar los lectores, es que cada buque negrero que llega a la costa de África, es bastante a inutilizar los mayores esfuerzos de la filantropía, como se dirá más adelante. La otra asociación de que hablan los habaneros, era una compañía de comercio que nada tenía de común con esta institución.

esto autorizase a los europeos para hacer cacerías de los habitantes de aquella parte del mundo, desde luego podemos asegurar que meditando la historia del origen y progreso de la civilización y las artes, en todas las épocas y países, no sólo hallaremos la solución del problema, sino que podremos inferir por analogía, que los pueblos del interior de África están tan civilizados, como lo estaría otra cualquier raza de hombres puesta en sus mismas circunstancias.

¿Cómo crecen las artes y la civilización en los pueblos? El reino de las leyes, y del orden civil debe precederles. De las leyes nace la seguridad, de la seguridad la curiosidad, y de la curiosidad, el saber. Al paso que se acumulan riquezas se excita la industria, y se adquiere el gusto de nuevos placeres, se multiplican las comodidades de todas clases, y las artes y ciencias brotan y florecen en el terreno que está preparado de este modo a recibirlas. Aun así, serían probablemente muy lentos los progresos de las artes y ciencias en el pueblo que nada participase de los adelantamientos de tiempos y naciones anteriores. La experiencia de todos los siglos nos autoriza a sentar como un axioma indudable que aún no se ha hallado país alguno en que las artes y ciencias, el saber y la civilización, se pueda decir que han nacido, sino que se ven difundirse de nación a nación de las más a las menos civilizadas. Se podrá, pues, decir, ¿de quién había de recibir África estos apreciables dones?

Sin entrar en pormenores dificultosos de historia, se sabe que la Asiria y el Egipto fueron las dos naciones primeras que subieron a un alto grado de ci-

vilización. Síguenle los fenicios, colonia egipcia situada en las costas de Siria, cuyos adelantamientos y opulencia comercial son considerables. Ellos fueron los que llevaron los rudimentos de civilización y especialmente el arte de escribir a Grecia, cuyos habitantes se hallaban entonces, aún más rudos y bárbaros que ninguna nación africana del día. Dícese que comían carne humana e ignoraban el fuego. Y en verdad que aun cuando su barbarie no estuviese probada por testimonios positivos, bastaría para inferirla, el verles tributar honores divinos al que los sacó de mantenerse de bellotas y otros frutos groseros, y les enseñó a cultivar la tierra.

Después que los griegos, por las circunstancias favorables en que se hallaban, llegaron al grado extraordinario de civilización que todo el mundo sabe, Grecia fue subyugada 150 años antes de Cristo, y los romanos, sus señores, llevaron las semillas de civilización hasta las regiones más remotas a donde llegaron sus armas. Pero aunque las conquistas de los romanos se extendieron como nadie ignora, por Europa y Asia, en África sólo ocuparon las costas del Mediterráneo, que estaban antes pobladas por colonias de pueblos civilizados. Por lo que hace al interior de aquel país, se puede decir que estaba tan separado del mundo culto, como la América misma. Un mar de arena de cerca de novecientas millas de norte a sur, y casi al doble de oriente a poniente, estaba de por medio. Si acaso algunos aventureros se atrevieron a pasarlo, su número debió ser tan corto, como lo demuestran las fábulas que corrían entre los escritores romanos que hablan de aquellos países.

Los seguidores de Mahoma desolaron en el siglo quinto, las fértiles provincias romanas de la costa de África, y parece que algunas partidas de ellos, internándose en aquel continente, ocuparon, en más o menos número, las orillas de uno de los ríos más hermosos del lado allá del inmenso desierto que forma, al norte, los límites del interior del África. Pero es de notar que mientras los mahometanos, al modo que los romanos con la conquista de Grecia, se civilizaban por el influjo del saber de la naciones a quienes dominaron; las tribus que se establecieron en África, mezclándose con naciones tan ignorantes y groseras como ellas, debieron permanecer en su particular barbarie. Por otra parte, estos mahometanos, según sus costumbres feroces, y dogmas intolerantes, conservaron a los negros a quienes conquistaron, en una opresión que es enteramente opuesta al desarrollo de las facultades intelectuales. Mas, acaso esta es la primera ocasión en que una débil vislumbre de cultura penetró las tinieblas de aquellas naciones; y es muy de notar que no obstante la barbarie de los primeros conquistadores mahometanos, y lo enemiga que es su religión de todo adelantamiento, tal es el influjo de cualquier gobierno fijo, que en los distritos de África donde estos dominan, o en que tienen mucho influjo, existen, siglos ha, ciudades populosas, provincias no mal cultivadas, y un orden y civilización social no despreciables.

Pero aun puede asegurarse que los africanos, careciendo de las ventajas que produce el trato con naciones civilizadas, han adelantado en el camino de la cultura más, acaso, que ningún otro pueblo de los

que están por civilizar. Considérense los más de los habitantes primitivos de ambos continentes de América al tiempo de su descubrimiento: véase la Nueva Holanda, país tan extenso como la Europa; véase a Madagascar, Borneo, Sumatra, y las demás islas del archipiélago de la India, y las del mar Pacífico. ¿No están los africanos mucho más civilizados que ninguno de aquellos pueblos? El hecho es incontestable. En vez de una raza de salvajes miserables, esparcidos en corto número por un terreno inmenso, sin el menor conocimiento de artes y manufacturas (tal es la situación de la mayor parte de las naciones que acabamos de nombrar) vemos que los africanos del interior se hallan en aquel estado que, según nos enseña la historia, precede inmediatamente al completo goce de los bienes de la sociedad humana; es decir, cuando los habitantes de las ciudades y la campaña, se auxilian mutuamente: cuando se empiezan a reconocer los derechos políticos y civiles, tanto por la leyes como en la práctica; cuando se notan las ventajas que presenta la naturaleza, y saben aprovecharse; cuando la agricultura, y aún más que ella las manufacturas van estando bastante adelantadas; cuando la población es muy numerosa en varios parajes; últimamente, cuando se reconocen las ventajas de la instrucción, y se nota un ansia grandísima por adquirirla⁹.

⁹ Los siguientes pasajes de la relación de Parke podrán dar alguna idea del presente estado de la civilización de África. “Los habitantes del reino de Woolli son mandingos y como los más de esta nación están divididos en dos grandes sectas: ma-

Pero estaba reservada al África la desgracia de que las naciones más civilizadas, hallándola en el estado que se ha dicho; en lugar de producir en ella los efectos que pudieran esperarse del comercio de

hometanos a quienes llaman *Bushreens*, y paganos, que son llamados, sin distinción *Kafirs* (incrédulos) y *Sonakies* (hombres que beben licores). Los paganos son muchos más en número, y ellos son los que tienen el gobierno del país, porque aunque los más respetables de los bushreens son consultados en asuntos de importancia, no les es permitido tomar parte en el gobierno ejecutivo, el cual está en manos del *Mansa*, o soberano, juntamente como los grandes funcionarios de Estado. El primero de esta jerarquía es el heredero presuntivo de la corona a quien llaman el *Farbanna*. Síguensele los *Alcaides*, o gobernadores de provincia, a quienes se da más frecuentemente el nombre de *Keamos*... Por muerte del monarca, el hijo mayor (si ha llegado a la edad viril, le sucede en el trono. A falta de heredero, o en caso de ser menor de edad, se reúne un congreso de los principales del reino para llamar a la corona al pariente más cercano del difunto (generalmente su hermano) no como regente, sino con exclusión del Menor. Los gastos públicos se pagan por medio de tributos que se imponen al pueblo, según la ocasión se ofrece, y de los derechos sobre las mercancías que pasan por el reino. Los viajeros que van del río Gambia hacia el interior pagan derechos en géneros europeos. Al volver los pagan en hierro, y manteca vegetal, que se llaman *Sheatolu*. Estos derechos se pagan en cada ciudad.” *Viajes de Mungo Parke*, p. 50.

“La industria de los Foulahs en ganados, y agricultura, es notable en todas partes. Aun a las orillas del Gambia, la mayor parte de los granos son cultivados por ellos, y sus ganados son más numerosos, y se hallan en mejor condición que los de los mandingos; pero en Bondon son opulentos en alto grado, y gozan de los artículos de primera necesidad en gran profusión. Manifiestan mucha habilidad en el manejo del ganado, haciéndole extremadamente dócil con cariño y familiaridad”. *Ibid.* p. 90.

un pueblo culto con otro que lo es menos, en vez de comunicarle su saber y sus ventajas, en lugar de despertar en él las facultades humanas adormecidas,

“Estuve alojado en casa de un negro que fabricaba pólvora. Me enseñó un saco de nitro muy blanco, pero cuyos cristales eran mucho más pequeños que lo son generalmente. Lo sacan, en gran cantidad, de las lagunas que se forman durante la estación de las lluvias”. *Ibid.* p. 187.

Según las mejores noticias que pude obtener tengo razón de creer que Lego contiene sobre treinta mil habitantes. La vista de esta gran ciudad, el gran número de canoas que navegan por el río, la multitud de habitantes y el estado de cultivo de los campos en derredor, forman una perspectiva de civilización y magnificencia, que yo estaba muy lejos de esperar en el centro de África”. *Ibid.* p. 195.

“A eso de las ocho pasé por un pueblo considerable llamado Kabba, situado en medio de un país hermoso, y sumamente cultivado, más semejante al centro de Inglaterra, que lo que yo creía que debía ser el centro de África”. *Ibid.* p. 202.

“Los negros en general, y en particular los mandingos, son tenidos por los blancos en la costa, por una raza indolente y perezosa; y yo estoy seguro de que no tienen razón para ello. Poca gente hay que trabaje con más actividad que los mandingos; pero teniendo pocos medios de sacar utilidad del superfluo de su industria, se contentan con cultivar el terreno que basta para mantenerlos. Los trabajos del campo los ocupan bastante en la estación de las lluvias, y durante la seca, los que viven junto a los grandes ríos se emplean en pescar. Otros se ocupan en la caza. Son tiradores muy diestros, y aciertan a un lagarto, o otro cualquier objeto pequeño, a una distancia enorme. En tanto que los hombres se emplean en estas ocupaciones, las mujeres se ocupan, con grande industria, en hacer paño de algodón. El hilo no es fino; pero está muy bien torcido, y hace un paño muy durable. Una mujer, con mediana aplicación, hila y teje tela para nueve vestidos, al año. El telar está formado según los mismos principios que en Europa; pero es tan peque-

de excitar el estímulo de la industria, dirigiéndolo a una no interrumpida serie de necesidades, deseos, y gustos; a la adquisición de propiedad y de capital; al

ño y estrecho que la tela es rara vez de más de cuatro pulgadas de ancho. Las mujeres tiñen este paño de un azul subido, muy bello y durable, con un viso muy fino de púrpura, que no cede al mejor tinte de la India o de Europa. Este paño se corta a pedazos, y se cose para hacer vestidos, con agujas que los mismos negros fabrican". Como las artes de tejer, teñir, coser, etc. son fáciles de adquirir; no se consideran en África como oficios; porque casi todo esclavo sabe tejer, y todo muchacho, coser. Las únicas ocupaciones que son tenidas por oficios verdaderos entre los negros, y cuyos maestros se consideran como hombres de una profesión conocida, son los curtidores, y los herreros. Los hay en casi todos los pueblos. Curten y tunden los cueros muy expeditamente. Se toman gran trabajo en poner los cueros sumamente suaves y flexibles. De los de buey hacen, generalmente, sandalias, y así no los tunden con tanto cuidado como los de carnero, y cabra, de los cuales hacen vainas para cuchillos y espadas, cintos, bolsas, y una porción de adornos. Los fabricantes de hierro no son en tanto número como los curtidores; pero han aprendido su oficio no menos bien que los otros. En el interior de África, los negros funden este útil metal en tan gran cantidad que no sólo se proveen con él de todas las armas e instrumentos que necesitan, sino que hacen comercio de él, con las naciones vecinas. Casi todos los herreros africanos conocen el método de fundir el oro. Lo reducen también a alambre, y hacen de él una multitud de adornos de mucho gusto y primor. Apenas me deberé parar a decir que en Bambarra y Kaarta, los negros hacen preciosos canastos, sombreros y otros objetos de utilidad y de lujo, con juncos que tiñen de diversos colores, y tejen del mismo modo fundas para las calabazas en que llevan licor". *Ibid.* p. 281-285. Aunque parezca larga esta nota, no contiene más que una pequeñísima parte de los testimonios que hay sobre esa materia; tanto en los viajes de Parke, como en los de Astley, Winterbottom, y otros

aumento de comodidades, y, por medio del establecimiento del orden y las leyes, a aquella seguridad y tranquilidad en que crecen y se propagan el saber y las artes; en vez de dirigirlo a todo esto, ha sido tal la desgracia de las naciones africanas que cuando los adelantamientos de la navegación les ha hecho tener trato con los pueblos civilizados, ha sido para mejorarlas, no para aumentar los progresos que han debido a la naturaleza, sino para depravarlas y oscurecer sus entendimientos; y si puede usarse una palabra nueva cuando la desgraciada novedad del hecho nos obliga a ello, diremos, que para *barbarizarlas*.

África
civilizada a
proporción
que es menos
frecuentada
por los
europeos.

Con estos datos bien podemos explicar un fenómeno que a pesar de ser contra la experiencia de todos los siglos, es evidente y constante en el África. Si se recorre la historia moral de los hombres, y se examinan sus progresos desde la ignorancia y la barbarie hasta el saber y la cultura de una sociedad perfecta, se hallará que las orillas del mar y de los ríos navegables, por ser los parajes más frecuentados de otras naciones, han sido también más tempranos en civilización. En ellos antes que en otros han reinado el orden civil, y las ventajas de la sociedad, con la agricultura y la industria; en ellos han florecido primero las artes y ciencias, y de ellos han penetrado a los pueblos de tierras adentro. Mas, todo lo contra-

varios. Los citados son indispensables para que los lectores formen alguna idea de las *madrigueras* africanas.

rio sucede en África. Allí se ve que los pueblos de la costa están en un estado de absoluta ignorancia y barbarie, siendo así que son los que han tenido más trato y por más tiempo con los europeos; en tanto que los pueblos del interior, donde jamás se ha visto la cara a un hombre blanco, se hallan más adelantados en cuanto a los bienes y comodidades de la vida social.

Éste es un fenómeno tan extraordinario, y manifiesta tan claramente los perniciosos efectos que el tráfico en negros tiene en la prosperidad de África, que él solo bastaría a condenarlo. En cuanto a la certeza del hecho, si no nos negamos a dar crédito a los testimonios más auténticos, sostenidos por lo que, aun sin ellos, dictaría la razón sola, nada puede estar más fuera de duda. Concluyamos, pues, que lejos de tener motivos para sospechar incapacidad de civilización en los negros, los tenemos muy grandes para creerlos muy dispuestos para ella, por la naturaleza, como otro cualquier pueblo del mundo. De que junto a la costa donde no hay seguridad ni orden, hayan los habitantes degenerado hasta sumergirse en la más profunda ignorancia y barbarie, no nos podemos admirar a causa del mucho tiempo que han estado en circunstancias incompatibles con los progresos de la civilización; el objeto de nuestra admiración es ver que no obstante el pernicioso influjo del comercio de esclavos, se hallan en el interior de África reinos con tantos adelantamientos, como hemos visto. Pero el cielo ha dispuesto benignamente que el cuerpo moral, a semejanza del físico pueda existir en circunstancias muy duras y bajo influen-

cias muy dañosas: sufre es verdad, en su salud y vigor, mas no perece del todo. Así sucede que las provincias del interior de África, aunque padecen infinito por el tráfico en esclavos, no es tanto como en la costa, donde estos males llegan a disolver los lazos primitivos de la sociedad, y a destruir sus fundamentos. El tráfico en esclavos puede mirarse como un mal gravísimo respecto del interior del África; pero en la costa es donde aparece tan horrible en sus efectos, que no puede dudarse un punto en darle la más espantosa preeminencia sobre cuantos sufre el mundo. Por trescientos años ha estado esta peste devorando a esos pueblos; aún no ha pasado uno en que su influjo se haya interrumpido; siete años ha, no más que la Institución Africana se fundó; y en ellos mismos se ha estado La Habana llenando de nuevos esclavos; los hombres benéficos no hacen más que empezar a contrarrestar el influjo de siglos en aquellos infelices pueblos; apenas han tenido tiempo para echar las primeras semillas de civilización entre ellos: ¡y hay valor para que los que con huellas de sangre las están ahogando ahora mismo, se burlen de este noble empeño, y traten de *semi-brutos* a los que ellos no permiten ser hombres!¹⁰

¹⁰ El *African Institution* es una Asociación de sujetos particulares que se reunieron el año de 1807, acabada de pasar el acta del Parlamento que abolió el tráfico en esclavos, en Inglaterra. Su objeto es promover la civilización de África, por vía de indemnización de lo mucho que la han atrasado los traficantes en negros. Para esto no perdonan medios de enseñar a aquellos naturales el cultivo de las producciones que se dan mejor

en aquellos países, y hasta han establecido escuelas para enseñar a los niños negros que envían a ella sus padres. Éstos se volverán al interior, instruidos, y esparcirán los bienes de la civilización entre sus paisanos. La operación de estas luces necesita mucho tiempo. Pero ninguno bastará si al mismo paso que se trata de esparcir las, se continúa por otra parte el tráfico que ha conservado y aumentado la barbarie de África. ¡Qué cosa tan horrible es que en tanto que el *African Institution* emplea allí comisionados para tan benéfico objeto como es el suyo, tengan los traficantes habaneros un agente para enviarles hombres, mujeres y niños, y comprados como bestias!. Éste agente se hallaba en Abril de 1811 establecido en Sherbro, y se llama J. N. Dolz.

CAPÍTULO III

Cómo se conducen los esclavos, del interior a la costa.

“Ya por lo menos (podremos aquí exclamar como uno de los más nobles defensores de los negros lo hizo en el Parlamento de Inglaterra) ya por lo menos hemos ganado una victoria en favor de estas infelices criaturas: hemos hecho que se reconozcan por individuos de la naturaleza humana, dignidad que sus contrarios no se abochornaban de negarles”¹. Mas, lejos de que esto pueda servir de algún alivio a la imaginación de las personas sensibles que leyeren esta dolorosa historia, sólo podrá servir de aquí adelante de agravar la congoja que les espera, al ver que esas criaturas racionales, esos hombres, mujeres y niños, con quienes un innegable parentes-

¹ Mr. Wilberforce, en el debate del 13 de abril de 1791. Vide Clarkson's *History of the Abolition of the Slave Trade*, vol. ii, p. 212.

En efecto, aunque al principio se empezó a alegar la inferioridad de los negros, las deposiciones de los testigos fueron tantas y tales, que en los debates que siguieron, ninguno de los contrarios se atrevió a tocar este punto.

co de humanidad los enlaza, son víctimas de una crueldad, que las estremeciera si la oyeran referir como ejecutada en bestias. La historia que va a empezar, aunque desaliñada y diminuta, no se podrá leer sin lágrimas, a no ser por los comerciantes de esclavos. Pero la humanidad las exige: la noticia de estos horrores es lo que únicamente puede acabarles de poner remedio.

Las costas del África no pueden proveer el número de esclavos que los europeos han acostumbrado a transportar por tan larga serie de años. En ellas habitan principalmente aquellos a quienes la codicia y crueldad europea ha convertido en instrumentos de esclavitud de sus paisanos. En el capítulo primero se ha dicho cómo estos factores negros van al interior para traer esclavos cuando llegan barcos por ellos; y ahora daremos la descripción de uno de estos viajes, casi con las palabras mismas de un testigo de vista.

Relación del
viaje que hizo
Mungo Parke
con una
caravana de
esclavos.

Quando el desgraciado Mungo Parke volvía de su primer viaje del interior de África, se agregó a una caravana de *Slatees* o factores de negros, que llevaban algunos esclavos para venderlos en la costa. Varios de ellos había estado en grillos tres años, esperando quien los comprase. "Todos manifestaban gran curiosidad (dice Parke) acerca de su suerte; pero al principio me miraban con horror y me preguntaban repetidas veces si mis paisanos comían carne humana. Estaban ansiosos de saber qué se hacía de los esclavos que pasaban el *agua salada*. Yo les dije que se empleaban en cultivar la tierra, pero ni querían creerme; y uno de ellos tocando el

suelo con la mano, dijo con gran sencillez ¿es posible que tengáis por allá un terreno como éste que pisar? La arraigada persuasión en que están de que los blancos compran a los negros para comérselos, o para venderlos a otros que los devoran, hace que los esclavos miren con indecible horror el viaje a la costa; tanto que los *Slatees* se ven precisados a tenerlos constantemente en grillos, y a estar alerta continuamente para que no se escapen. Comúnmente los aseguran poniendo la pierna izquierda de uno y la derecha de otro en un mismo par de grillos que suspendidos de una cuerda, los dejan caminar aunque muy despacio. Cada cuatro esclavos van atados también por el cuello con correas retorcidas; por la noche se le añaden esposas a las manos, y algunas veces les pasa una cadena de hierro de ellas a la garganta”.

“A los que manifiestan descontento los aseguran de otro modo. Cortan un pedazo grueso de madera como de tres pies de largo, y le abren en un lado una muesca en que encajan la garganta de la pierna, y luego la encierran con una fuerte argolla de hierro”.

“En lo demás, el trato que dieron a estos esclavos, durante nuestra detención en Kamalia no era nada cruel o riguroso². Todas la mañanas los sacaban, con sus grillos, a la sombra de un tamarindo, adonde los excitaban a jugar juegos de suerte, y a cantar canciones divertidas, para mantenerlos de buen ánimo; porque aunque algunos de ellos llevaban los trabajos

² De aquí se puede inferir cuán dispuesto estaba Mungo Parke a no exagerar nada en punto a esclavos.

de su situación con una fortaleza admirable, por la mayor parte se hallaban muy abatidos, y se estarían sentados todo el día llenos de una sombría tristeza, y clavados los ojos en el suelo. Por la tarde se registraban los grillos y se les ponían las esposas; después de lo cual los encerraban en dos chozas donde estaban custodiados toda la noche”.

Trágico fin de
una esclava
en este viaje.

“Cierta día una de las esclavas se manifestó muy emperrada, y no quiso beber lo que le daban. Cuando amaneció nos pusimos en camino y anduvimos toda la mañana por una maleza escabrosa, que me lastimó mucho los pies; cosa que me dio gran temor de no poder seguir con la caravana; pero se sosegó mi aprehensión al ver que los otros estaban aún más fatigados que yo. En especial la esclava que no había querido tomar nada por la mañana, empezó a quedarse atrás, y a quejarse mucho de dolores en las piernas. Quitáronle la carga, pusiéronse a otro esclavo, y a ella la mandaron al frente. A eso de las once, estando descansando a orillas de un arroyuelo, algunos de nuestra gente descubrieron una colmena en el hueco de un árbol, y habiéndose acercado a tomar miel, nos acometió el mayor enjambre que he visto en mi vida... La pobre Nilí (este era el nombre de la esclava) no tuvo fuerzas para huir, y se fue arrastrando hacia el riachuelo, pensando defenderse en el agua; pero esto no le valió, y las abejas la pusieron hecha un monstruo”.

“Los *Slatees* le sacaron los agujones que pudieron, la lavaron con agua, y la refregaron con yerbas; pero la infeliz se negó obstinadamente a seguir ade-

lante, protestando que quería más bien la muerte que andar un paso más. No valiendo ruegos ni amenazas, se recurrió al látigo; sufrió algunos crujidos con paciencia, y luego se esforzó a andar, caminando cuatro o cinco horas, a un paso regular. A este tiempo quiso huirse de la caravana, pero estaba tan débil que dio consigo en tierra. Aunque no se hallaba capaz de ponerse en pie, se recurrió de nuevo al látigo, pero sin efecto. Viendo esto Karfa mandó a dos de los *Slatees* que la montasen sobre el borrico que llevaba las provisiones; pero no podía mantenerse en él; y el animal que era indómito, no sufría la nueva carga de modo alguno. Los *Slatees* no querían perderla, porque ya estaba casi concluida la jornada del día; y así, hicieron una especie de andas de cañas de bambú a que la ataron con tiras de corteza. Dos esclavos la llevaban en hombros, y otros los seguían para relevarlos. De este modo fue conducida hasta que se hizo oscuro, tiempo en que llegamos a una corriente de agua, al pie de un cerro llamado Gankarankorú, donde nos paramos a pasar la noche, y nos pusimos a preparar la cena. Como no habíamos comido más que un bocado la noche antes, caminando todo el día bajo un sol ardiente, varios de los esclavos que venían cargados se hallaban sumamente rendidos; y algunos de ellos empezaron a hacer castañetas con los dedos, cosa que entre los negros es señal segura de desesperación. Viendo esto los *Slatees*, les pusieron los grillos, y , además, ataron las manos a los que se manifestaban más impacientes, poniéndolos separados de los otros. Por la mañana se hallaron mejor... Despertaron a la po-

bre Nilí al amanecer pero tenía todos sus miembros tan pasmados y dolorosos que ni tenerse en pie podía. Pusiéronla como un cadáver, sobre el burro; y para que no se cayera le ataron las manos abrazando el pescuezo del animal, y las piernas por debajo de la barriga, con tiras de corteza; pero no hubo cómo sosegar a la bestia; y como la infeliz Nilí no podía sujetarse, bien pronto vino a tierra, con una pierna horriblemente maltratada. Viendo que era imposible seguir con ella adelante, todos los de la caravana gritaron a una *Kang tichai*, *cortarle el pescuezo*; operación que no quise ver; y seguí adelante. No habría andado una milla, cuando uno de los esclavos domésticos de Karfa vino a mí, trayendo el vestido de la pobre Nilí en la punta de su arco, y exclamó *Nilí affilita* (Nilí es perdida). Preguntele si los *Slatees* le habían dado el vestido por el trabajo de degollarla; y me respondió que Karfa... no había consentido en ello, sino la había dejado en medio del campo, donde seguramente moriría bien pronto y sería devorada por las fieras”.

Frecuencia de semejantes horrores.

No se necesitan muy poderosas autoridades para creer que de estos casos sucederán muchos; porque si bien se consideran las circunstancias del viaje, la gran distancia, lo desierto del camino, el cansancio, y la desesperación de los esclavos, la dureza natural de los conductores y la que podemos llamar indispensable, supuesto el objeto de su empresa, se puede discurrir que no habrá un sólo viaje en que no se repitan escenas semejantes a la que (no sin estremecimiento) acabamos de relatar. El mismo Mungo

Parke cuenta de otro esclavo a quien le faltaron las fuerzas antes de llegar a la costa; y no bastando el látigo para hacerlo andar, fue entregado a otro negro que, dentro de poco, volvió sin el enfermo, quien, en la creencia de todos, había perecido a sus manos.

Mas, concluyamos el imperfecto bosquejo del infeliz viaje a que dan motivo los que fomentan aunque sea indirectamente, el tráfico en esclavos, concluyámoslo con otra escena, si no tan horrible, seguramente más tierna y dolorosa, con la que Parke acaba su narración.

“Uno de los esclavos de la caravana, había caminado los tres últimos días con gran trabajo, y se vio que no podía seguir. Su amo (que era un cantor) trató de cambiarlo por una muchacha que pertenecía a uno de los vecinos del pueblo (adonde la caravana había hecho noche). La infeliz no supo nada de esto, hasta que estando ya hechos los fardos, por la mañana, y todos para ponerse en marcha, vino ella con otras mujeres a vernos salir; entonces su amo tomándola de la mano se la entregó al cantor. Jamás se vio mudanza más repentina de un rostro sereno, en semblante del dolor más profundo; el terror que manifestó al ponerle la carga sobre la cabeza y atarle la soga al cuello; la pena con la que se despidió de sus compañeras, no habría pecho a quien no enterneciera”.

“... Aunque ya se acercaba el fin de mi cansado y trabajoso viaje, y aunque al día siguiente esperaba hallarme entre mis paisanos y amigos; no pude separarme para siempre de mis desgraciados compañeros sin enternecimiento, al considerar que estaban destinados a una vida de esclavitud y cautiverio, en tierra

extranjera. Durante una penosa peregrinación de más de quinientas millas, expuestos a los rayos del ardiente sol de los trópicos, estos infelices esclavos se compadecían de mí, olvidándose de sus trabajos, infinitamente mayores que los míos; y de *motu proprio*, solían con frecuencia traerme agua con que apagar mi sed, y por la noche recogían ramas y hojas de árboles para hacerme una cama en el desierto. Separámonos con mutuas expresiones de bendición y sentimiento. Nada tenía que darles, sino la bendición del cielo, y mis buenos deseos; y seguramente me consoló el oírles decir que iban satisfechos de que no estaba en mi mano otra cosa”.

CAPÍTULO IV

Carácter general de los capitanes de buques negreros, y de los conductores de esclavos: miserias del pasaje a las colonias.

Parecerá injusto a primera vista el emprender una descripción general del carácter de una multitud de hombres que no tienen más de común entre sí que hallarse empleados, cuales por más, cuales por menos tiempo en la conducción de esclavos para venderlos en los mercados de América. Pero si se reflexiona que todas las ocupaciones de la vida producen ciertos hábitos comunes a cuantos las ejercen, y se nota, al mismo tiempo, que hay algunas que por su naturaleza producen más pronta y profundamente que otras, ciertas impresiones en el ánimo, el lector imparcial no condenará de antemano, la intención de describir los rasgos generales que la parte activa del tráfico de esclavos debe imprimir en los que la toman; y, al fin, es de esperar que apruebe la pintura por verdadera y exacta, cuando escuche a la razón dictarla, y a la experiencia reconocerla.

Razones
generales que
hay para
hacer esta
pintura

La observación constante y universal de los hombres conviene en que hay ciertos oficios, que aunque sean indispensables a la sociedad, suponen un cierto mal carácter en el que los toma; y de esta íntima

persuasión es prueba el horror con que se mira en toda sociedad civilizada a los verdugos, a los comitres, y a todos aquellos que, por salario, se hacen cargo de castigar a otros hombres, causándoles dolor corporal por sus manos; sin que este horror, y abominación, se disminuya por la consideración de que el castigo que se ofrecen a dar, será bien merecido en los que hayan de sufrirlo.

Si el hombre que se halla dispuesto a ser instrumento del dolor que la justicia ordena, es mirado con horror, porque se supone que carece de la sensibilidad característica de todo corazón bueno, ¿quién podrá creer que haya uno solo que, dotado de cualidades compasivas, se ofrezca a capitanear una expedición que va a la costa de África, aunque no tenga más idea de las miserias que causa el tráfico, sino la que no puede ocultarse a ninguno, es decir, que va a traer hombres, mujeres y niños forzados? Debemos, pues, sentar como cosa indudable que no puede haber ningún capitán ni jefe de barco negrero, que sea compasivo y humano por la naturaleza.

Nótese, en segundo lugar, que nada se embota tanto con la costumbre como la sensibilidad compasiva. Los ojos se acostumbran a la sangre, los oídos a los quejidos más lastimeros, con una facilidad extraordinaria. Póngase al hombre más sensible en la necesidad de ver escenas dolorosas, y si la fuerza de la impresión no lo abrumba, pronto llegará, cuando menos, a verlas con indiferencia. Las damas romanas veían con entusiasmo los combates de los gladiadores, y lo mismo sucedería a todas las del mundo si se criasen llevándolas al anfiteatro.

Adviértase, en tercer lugar, que es ley constante de la naturaleza del hombre, el que procure ahogar todo sentimiento moral que le molesta o le inquieta; y tal es el poder de la voluntad en este punto que convierte en verdaderas bestias feroces a cuantos se empeñan en ejercerlo. Esto sucede siempre que cierta especie de necesidad nos obliga a proceder constantemente contra la voz de la compasión, o el dictamen de la conciencia. El que por sus malos pasos se halla reo de ciertos delitos y forzado por las circunstancias a echarse, por ejemplo, a bandolero, se desnuda por precisión de todos los sentimientos de humanidad hasta tal punto, que la lengua castellana lo expresa con la verdadera y filosófica expresión de, *echarse el alma atrás*.

No hay hombre que no pueda *echarse el alma atrás*: y unos con más facilidad que otros. De esta clase debe ser todo capitán o jefe de expedición que va por esclavos; porque, como queda probado, debe ser cruel e insensible por naturaleza. Todo hombre pierde la sensibilidad compasiva por la costumbre de ver objetos dolorosos: el capitán del buque negrero no ve otra cosa durante su viaje. Todo hombre ahoga su sensibilidad cuando no tiene otro recurso para acallarla: el capitán del buque negrero y cuantos le acompañan y ayudan en su expedición, serían, moral y físicamente, víctimas de su compasión si, teniéndola por naturaleza, no se empeñaran con el mayor esfuerzo en ahogarla. Si la disposición natural, la costumbre y la necesidad se combinan para despojar a una clase de personas de todo sentimiento humano ¿qué serán sino verdaderas fieras? Así es que todo el

que se emplea activamente en la conducción de negros es un monstruo, por oficio.

Hechos horribles de los Capitanes negreros que resultaron probados en el Parlamento británico.

Al que tenga presente estos infalibles principios no le podrán sobrecoger, aunque lo estremezcan, los hechos que resultaron probados ante el Parlamento británico contra los capitanes empleados en el tráfico. Si no referimos más que dos, es porque tememos que haya pocas personas sensibles que pudieran seguir adelante y la humanidad les exige muchas lágrimas antes que acaben de recorrer este bosquejo.

Sabida es en todo el mundo la generosidad de los marineros ingleses, y llenos están los libros de casos en que por salvar la vida a otros han expuesto, sin la menor consideración, la suya. Pero el efecto de la conducción de esclavos, es tal como se verá en el hecho siguiente citado por Mr. Wilberforce, en el debate de la Cámara de los Comunes del 18 de abril de 1791. “Un barco negrero encalló en unos bajos llamados *Morant Keys* a pocas leguas de la punta más oriental de Jamaica. La tripulación escapó en los botes, con armas y provisiones, dejando a los esclavos a bordo como estaban, en grillos. Esto aconteció de noche. Al amanecer se vio que los negros habían rotos sus prisiones, y estaban empleados en hacer balsas; sobre las cuales cuando estuvieron concluidas, pusieron a las mujeres y a los niños. Los hombres se echaron a nado alrededor de las balsas en que habían puesto a los niños, para que el mar no se los llevase, y para dirigirlas a la orilla. La tripulación que los vio venir de este modo a tierra, discurrió que las provisiones y agua que habían sal-

vado no bastarían por muchos días para todos, y determinaron matarlos en cuanto se fuesen acercando. De este modo, asesinaron de tres a cuatro cientos. De todo el cargamento sólo salvaron treinta y tres que fueron llevados a Kingston y vendidos allí¹.

El otro buque negrero², según consta de las deposiciones de testigos ante la Cámara de los Comunes, venía un niño negro de diez meses, con su madre. Cierta día la pobre criatura no quiso comer lo que le daban. El capitán lo supo, y juró que lo había de hacer comer o lo iba a matar, y lo azotó cruelmente con unas disciplinas. El efecto de este cruel tratamiento fue que se le hincharon las piernas en extremo. El capitán mandó que le trajeran agua caliente para bañárselas. Trajéronla como estaba hirviendo en la chimenea, y diciéndole el cocinero que era menester enfriarla, respondió con un juramento, que como estaba había de bañar al muchacho en ella. Hízolo así, y las uñas y el pellejo de los pies se quedaron en el agua. Pusiéronle unos paños empapados en aceite sobre las llagas, y lo ataron a un pesado tarugo de madera. Dos o tres días después, el capitán lo cogió otra vez, jurando que lo había de hacer comer, o lo había de matar. Azotólo de nuevo, y habiéndolo dejado, al cuarto de hora expiró el niño. No cesó con esto aquel monstruo. Llamó a la madre para que lo echara al mar. La infeliz se rehusaba a hacerlo; pero el capitán la mandó azotar hasta que lo ejecutase. Al fin esta desgraciada madre, aga-

¹ Clarkson's *History of the Slave Trade*, vol. ii., p. 242.

² Discurso de Mr. William Smith, en el debate de 1791.

rró al cadáver de su hijo, y volviendo la cara a otro lado, lo dejó caer en el agua.

¡Pluguiera al cielo que nos quedase el alivio de sospechar exageración en las circunstancias de estos casos! Pero en vano lo busca la imaginación horripilada. De nada serviría (dijo Mr. Wilberforce al acabar de referir el primero de ellos en presencia de todos los defensores del tráfico) de nada serviría el empeño de negarse a creer los horrores de un caso particular: uno y otro, y otro se presentan en sucesión no interrumpida, y ninguno cede al anterior en barbarie. Las minutas de las deposiciones son un tejido de ellos³. Pero, recordemos los principios que dejamos sentados, y hallaremos que semejante carácter de fiereza, tan lejos está de ser inverosímil, que sería un milagro no hallarlo en más o menos grado, en los conductores de negros. Las miserias esenciales, e inevitables del viaje que llevan a su

³ Mr. Fox en el mismo debate en que se hizo mención de éste y otros horrosos hechos, aplaudió la determinación de los miembros que los habían relatado, a pesar de que la Cámara toda se había estremecido al oírlos. "Nadie ha habido (dijo aquel hombre célebre) que los ponga en duda. La historia del niño negro, han dicho algunos, que es demasiado horrorosa para ser verdadera; pero habiendo recorrido el examen de testigos, a ver si se descubría algún rastro de falsedad en ella, aparece que el que la relató, sufrió el interrogatorio más menudo, de un modo muy honroso para su veracidad; y que habiéndose empeñado los individuos más hábiles de la cámara en ver si podían descubrir alguna contradicción, o inconsecuencia en sus respuestas, no pudieron descubrir otra duda que la de si el hecho había acontecido en el mismo día y mes del año de 1764, o en el de 1765". Clarkson, vol. ii, p. 321.

cargo, no les permite ser otra cosa que lo que hemos visto, porque no pudiendo evitarlas, aunque quisieran, ni apartarlas un instante de su vista, es indispensable que se hagan insensibles a toda impresión compasiva. Una brevísima descripción del viaje de mar nos convencerá de esto.

Un buque destinado a hacer un largo viaje, debe naturalmente cargarse cuanto pueda del género que ha de pagar con su producto los gastos, y dejar además una ganancia proporcionada a los riesgos. Siendo el cargamento de hombres, mujeres y niños, es indispensable que se estiben en los barcos que los traen, de modo que dicte el deseo de ganancia de los armadores e interesados. Cuando por la primera vez se averiguó en la Cámara de los Comunes el número de negros que traían los barcos empleados en este tráfico, fue tal la indignación general, que aunque la sesión de aquel año estaba para concluirse, se presentó y pasó un *Bill* limitando el número que cada buque había de traer, fijando tantos por tonelada. Esto se hizo con atención a los informes que se tomaron y a los datos que presentaron los comerciantes en negros, por los cuales se veía que limitando el número más que lo hizo el *Bill*, las expediciones resultarían ruinosas para los armadores. Sentado esto, de lo cual inferirá el lector que ningún armador, sea de la nación que fuere, querrá llevar menos esclavos por tonelada que los que concedía aquel *bill* a los cargadores ingleses, podrá tomar en consideración los siguientes hechos.

Miseria de los negros durante el viaje por mar.

En el año de 1789 envió el gobierno inglés al capitán de la Marina real Parrey, a Liverpool para que tomase medidas exactas de los buques negreros que se hallaban en aquel puerto. Volvió con ellas, se dieron al público; y la Asociación que en aquel tiempo se había formado para promover la causa de la abolición del tráfico, fijándose sobre el primero de los buques que venía en la lista, llamado el *Brookers*, hizo grabar la lámina que iba al frente, dibujada on exactitud matemática según las medidas de dicho buque, y las proporciones siguientes. —Dese para cada hombre el espacio de seis pies de largo, y cuatro pies y cuatro pulgadas de ancho— a cada mujer cinco pies de largo y cuatro pulgadas de ancho— a cada muchacho cinco pies de largo, y una y dos pulgadas de ancho— a cada muchacha cuatro pies de largo y un pie de ancho. Tómese el compás, y divídase, según la escala, el espacio del buque conforme a estas medidas y (deduciendo las mujeres estibadas en el espacio Z de las fig. 6 y 7, cuyo espacio debía reservarse para los marineros según el *Bill* de que hemos hecho mención) se hallará que este buque sólo podía traer cuatro cientos y cincuenta esclavos, en la forma que presenta la lámina; y si el lector quiere tomarse el trabajo de contar las figuras, deduciendo las que hemos dicho, verá que suben exactamente a ese número. Después de haber imaginado cuál será el estado de estas criaturas estibadas de semejante modo para un viaje tan largo; note que dicho buque podía (según el acta del Parlamento destinada al alivio de los infelices negros, y formada conforme a las declaraciones de los comerciantes respecto al núme-

ro que era indispensable para que la expedición fuese útil) note, le suplicamos, que a ese mismo buque cuya pintura exacta está mirando, se le permita traer *cuatro cientos y cincuenta y cuatro* esclavos; es decir cuatro más que los que ve pintados en la lámina⁴.

⁴ Esto es tanto más aplicable al tráfico que están haciendo ahora los españoles y portugueses, cuanto que no se hallan su buques sujetos a reglamento ninguno. En efecto, uno de los buques que bajo bandera de una de estas dos naciones se dio por buena presa en Sierra Leona el año de 1811, por haberse hallado que era propiedad de un Americano del Norte, bajo papeles fingidos, llevaba *doscientos y ocho esclavos* de ambos sexos. Había además en el buque diez y nueve personas entre tripulación y pasajeros, y de quinientos a seis cientos sacos de arroz en la bodega. —El barco era de *setenta y tres* toneladas; es decir de 247 toneladas menos que el que está en la lámina.

“La *Thais*, Capitán Scoble llegó ha poco a Portsmouth habiéndose hecho a la vela desde Sierra Leona, en 4 de Agosto... La *Thais* ha estado diez y ocho meses cruzando sobre aquella costa. Aunque por desgracia de la humanidad y de las mejoras de África, el tráfico en esclavos continúa extensamente bajo las banderas española y portuguesa... tenemos la satisfacción de saber que, en junio pasado la *Thais* destruyó la última factoría de súbditos británicos que quedaba, en Masedo. Los propietarios de este establecimiento eran *Juan Bostock* y *Thomas M'Quin*, que han sido conducidos en la *Thais* sentenciados a trasportación por 14 años. La *Thais* desembarcó 40 hombres de su tripulación mandados por el teniente Wilkins para ejecutar este acto de humanidad. Los factores hicieron resistencia al avanzar para el asalto, matando a un hombre, y ahogándose otro. En la factoría se hallaron 230 esclavos, que fueron puestos en libertad. La *Thais* apresó sobre la costa varios buques, con bandera portuguesa y española, cargados de esclavos. Uno de ellos presentó otra de las escenas horrosas que son propias

Éste es el descanso que espera a los infelices negros después del viaje que hacen desde el interior de África, en los términos que se han descrito.

Para la seguridad del buque es preciso que se les pongan grillos y cadenas; es indispensable encerrarlos en la bodega por la noche, y aun de día, en tiempo borrascoso. En casos de epidemia, si se contagian como suele suceder, de disentería, viruelas, u otras enfermedades de esta clase, se verifican tales escenas que no pueden imaginarse sin náusea⁵. Pero sin esto, la desolación y miseria es infinita en cualquier barco negrero. Aquellos infelices hombres de diversas naciones, lenguas y carácter, desnudos, apiñados, esposados unos con otros, y tirados sobre las tablas, se desuellan contra ellas en tiempo tempestuoso, se atormentan unos a otros sin querer, y los grillos les llagan las piernas. No la compasión, sino el deseo de que no mueran antes de llegar al mercado, hace que los conductores los obliguen a comer, y a tomar algún ejercicio. Muchos de ellos cobran hastío a la comida; otros se rehusan a comer por desesperación y deseo de morir; los más aborrecen el ejercicio a causa del mareo y caimiento de ánimo. A todo esto es preciso que acuda la insensibilidad de sus conductores, con remedios adaptados al caso. Al que no

del tráfico. *El buque era de 183 toneladas, surto para el Brasil; llevaba 375 esclavos. Al tomar la Thais posesión del buque, tres de ellos se hallaron sofocados por falta de respiración*". —Morning Chronicle del 6 de diciembre 1813.

⁵ Todo esto consta de las deposiciones jurídicas.

quiere comer o bailar cuando le toca (se supone que siempre con grillos) se le obliga a latigazos. Si se resisten a tomar alimentos, a pesar del castigo, se les abre la boca y se les echa la comida haciéndosela tragar por la fuerza. Las pasiones de estos infelices irritadas por estos tratamientos, irritan a proporción a las de sus opresores. La cólera del capitán o marinero crece al ver la irritación y resistencia del negro; y el furor apaga hasta la más pequeña chispa de compasión que pudiera quedarle. Los esclavos son mirados como unos animales indómitos, que es un placer dominar con el castigo. Cuál será la congoja interior, qué peso de desesperación infernal, o de mortal abatimiento se apoderará de aquellas criaturas tratadas de este modo, y atormentadas con la idea de la separación de cuanto aman, o con la vista de sus hijos y mujeres, si van como sucede, no rara vez, en el mismo barco —¡aquéllos maltratados, éstas violadas ante sus mismos ojos!— No es, pues, extraño que los negros se hallen, durante el viaje, tan ansiosos de darse la muerte, que apenas baste el incesante desvelo de la tripulación para evitarlo. Casos se han visto de negros que, habiendo logrado tirarse al mar, han estado algunos momentos haciendo, con las manos, ademanes de triunfo, e insultando a sus opresores antes de calarse a fondo, saboreando el placer de haber escapado a su barbarie. —Infiera ya el lector cuál será el carácter de los que están prontos a vivir dos y tres meses entre las escenas que presenta un cargamento de negros; a mandar y ejecutar la serie de operaciones diarias que requiere; volviendo satisfecho con el bien ganado fruto del

abismo de maldición y dolor que han conducido en su barco. Un salteador de caminos ¿no será imagen de la sensibilidad y la inocencia, comparado con tales hombres?

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

El comercio en negros considerado según las leyes de la moral humana

Al vernos obligados a tratar esta materia como si fuese una controversia oscura en que se necesitase de todo el arte del raciocinio para llegar desde el punto en cuestión hasta los primeros principios que deben decidirla, no podemos desechar una reflexión melancólica que nos pinta el abismo de error y depravación de que el entendimiento y corazón humano son capaces. El ligero e imperfectísimo bosquejo que hemos presentado de las miserias, tormentos y horrores que produce el tráfico en negros, parece que, por sí mismo, y por una especie de convencimiento intuitivo, debiera excitar la indignación de todos los hombres civilizados y que para quedar unánimemente condenado, no sería menester otra cosa que ser generalmente conocido. Pero la voz del interés es tan poderosa, y esta pasión, con quien todas las demás toman parte, y casi se identifican, sabe producir tal confusión con sus clamores, que el dulce eco de la razón y la humanidad, aunque se hace oír en toda su pureza en el primer momento, casi viene luego a perderse entre la feroz algazara de sus contrarios.

Ejemplo muy palpable y doloroso de esto, nos ofrece el caso presente, en cuanto concierne a la nación española. Mezclada con la idea de las mejoras que sus primeras Cortes le preparaban, ocurrió a sus más ilustres miembros la memoria del tráfico en negros que su nación estaba haciendo. La sola idea de esta abominación exaltó sus ánimos: y bastó recordar a las Cortes la existencia de este horrible abuso para que unánimemente declarasen su determinación de abolirlo. Oyólo el interés, y levantó tal alarido que las Cortes atemorizadas y confusas, sepultaron su primera determinación en el silencio. Ya hemos hecho mención del Memorial que el Cabildo, Sociedad Patriótica y Cuerpo de Hacendados de La Habana presentó sobre este punto a las Cortes; y supuesto que el tal escrito contiene las únicas reclamaciones que hicieron cejar de su noble propósito a los legisladores de España, justo será que al presentar a aquella generosa nación las razones que deben moverlo a abolir el tráfico en esclavos, tengamos presentes los únicos argumentos que han sido causa de que aún continúe haciéndolo.

Términos de
la presente
cuestión
moral.

La cuestión puesta en el punto de vista en que vamos a tratarla, se reduce a estos términos. Sabiendo, como sabemos con la mayor evidencia, cómo se procuran en África los esclavos que compran los europeos, y cuáles son los efectos que produce este tráfico en aquel continente —cómo se traen estos esclavos a la costa— en manos de qué clase de hombres son entregados allí —y cuáles son los males inevitables del pasaje que tienen que hacer por mar

antes de llegar a las colonias— ¿se puede continuar ese tráfico, sin quebrantar las leyes de la moral y sin cometer un grave delito contra la humanidad?

Permítanos el lector que le supliquemos no olvide ni por un momento el conjunto de males inevitables que van bosquejados en la primera parte de este escrito. La imaginación los pierde de vista, a no estar sostenida por un esfuerzo repetido de la memoria; pero este esfuerzo es indispensable para que la razón no se confunda con los sofismas y artificios de los traficantes en carne humana.

El primero que usaron en España, cuando se propuso allí esta cuestión, fue el sarcasmo y la burla. Hablando la representación de La Habana del diputado en Cortes que propuso la abolición del tráfico en negros, al mismo tiempo que la de la tortura, dice que habló “adormeciendo al Congreso con el *humo filantrópico* que adormecía sus sentidos”. Si la compasión natural que excita la memoria de ochenta mil africanos que aquel mismo año se habían arrancado de su país del modo horroroso que hemos visto se llama *humo filantrópico*, seguramente es difícil adivinar cuál es la *sólida* filantropía en que se funda la moral de los autores de semejante escrito. Así es que, a renglón seguido continúan de este modo. “Su primer desliz (del diputado que propuso la abolición de la *tortura* y del *tráfico en negros*) es el haber hermanado y amalgamado en cierto modo dos cosas tan diferentes como la tortura de un criminal y la traslación de esclavos de su país nativo a otro extraño. ¿Qué conexión pueden tener asuntos tan diferen-

Efugios y artificios de los contrarios.

tes? ¿Con qué objeto puede unirse uno de los más sencillos y menos transcendentales axiomas de derecho público con un problema muy intrincado y difícil de derecho de gentes, de derecho civil público y privado, de política y *de moral* también?"¹. Los autores de la Representación, sin dejarse ofuscar por los *humos* de esa embriaguez filantrópica que miran con tanto desdén, dan por cosa clara y sentada, que no se debe *atormentar* a un *criminal* en el potro; en tanto que miran como un problema dificultosísimo, el decidir si tenemos o no derecho a atormentar a un número ilimitado de *inocentes* de el modo que hemos visto en la pintura que del tráfico va hecha. Éste un problema en la *moral* de los traficantes en negros.

Pudiera, por desgracia, considerarse como un problema oscuro el de determinar qué es lo que la *moral* dicta respecto de los esclavos que están ya reducidos a ese estado. Y nuestros lectores deberán tener presente que el intento de este papel no es hacer parar su consideración sobre estos desgraciados, y aún por esto, el bosquejo que antecede, concluye con el pasaje de los negros al país de su cautiverio. Mas, nadie que crea en la existencia de la *virtud*, y en su verdadera distinción de la *injusticia*, podrá hayar oscuridad ni problema alguno en la cuestión del *tráfico en negros*.

Principios
morales que
limitan contra
el tráfico en
negros.

La *justicia* es el deber de dar o dejar a cada uno lo que es suyo. Si consideramos al hombre fuera de

¹ Representación de La Habana, Parte I.

sociedad, y en el estado que se llama de naturaleza, cada individuo es *libre*; es decir, es dueño absoluto de su persona, y por consiguiente, de todo el fruto de su trabajo personal. Por otro lado, la sociedad tiene por principal objeto el defender este derecho natural del hombre; de modo que en cualquier aspecto en que miremos a una criatura humana, ya en el estado natural, ya en el de sociedad; el privarla de su *libertad personal*, es un crimen, una *injusticia*.

Éste es un axioma tan evidente para cualquiera que no niegue la existencia de todo género de *deberes*, que ninguno de los defensores del tráfico en negros se ha atrevido jamás a impugnarlo directamente. La única salida que buscan cuando se ven acosados por este argumento es... (¡apenas pudiera creerse!) que la esclavitud es un bien para los negros, comparada con el estado en que se hallan en África.

Difícil sería adivinar por los principios de filosofía moral, el derecho de un hombre para apoderarse de otro, arrancarlo de su tierra, y condenarlo a esclavitud perpetua, a él y a toda su generación, sólo porque a juicio del primero es mucho mejor trabajar a discrección de otro en América, que vivir libre en una choza de África. Semejantes razones más parecen burlas, que argumentos. Empero, añaden para darles algún colorido, que en África hay muchos esclavos; y que supuesto que no varían de suerte, mejor lo pasarán en un país civilizado que no en poder de los amos que tienen en su tierra.

Respuestas al
argumento de
que en África
hay también
esclavos, y
que lo pasan
mejor en las
Colonias que
en su tierra

A este nuevo pretexto no es más difícil la respuesta que al anterior. Lo primero que hay que notar es que entre los negros que se compran en la costa de África, vienen muy pocos que hayan sido esclavos en ella. Hemos visto los medios de que se valen los europeos y los mismos negros a quienes emplean en estas horribles expediciones, para coger gentes de que llenar los buques. Libres y esclavos, personas que respecto al estado de África, son ricas y gozan de consideración entre sus mismos paisanos, hijos de jefes y reyes de aquellos pueblos, todos son envueltos frecuentemente en la misma ruina; todos están en continuo riesgo de ser arrastrados de sus casas, y sepultados en la bodega de un barco negrero. Ridículo sería el esperar que los capitanes y sobrecargos de semejantes buques, entrasen en un menudo examen de la condición anterior del negro que le presentan de venta: el precio, y las condiciones personales es todo a cuanto se extiende su atención y su cálculo.

Aun cuando pudiera esperarse el imposible de que los buques del tráfico no cargasen más que negros que fuesen anteriormente esclavos en su tierra, de ningún modo podría compararse la miseria que se les hace sufrir arrancándolos de su país, ni la suerte que les espera en las colonias, con el género de esclavitud que se conoce y practica en el África. Según los informes indudables de cuantos se han internado en aquellas regiones, la esclavitud africana es sólo una especie de vasallaje menos pesado, acaso, que el que ha estado en uso por tantos siglos en varias partes de Europa. Los esclavos, en África, no pueden

ser vendidos sino en castigo de algún delito, y en consecuencia de una sentencia que en muchas provincias es dada de un modo muy semejante a los *yuris* ingleses. El amo y los esclavos no se diferencian en el género de vida que hacen, y viven y comen todos juntos, en verdadera y primitiva sencillez de costumbres. “En las labores”, dice Mr. Parke, “sucede lo mismo, y ya sea en el campo, ya en el taller, amo y esclavos trabajan mezclados, sin ninguna distinción visible de superioridad”. El amo (según el mismo viajero) es mirado por sus esclavos como padre, y sus mutuas relaciones y deberes están fundados en esta suposición.

“¿No os he servido (decía un negro que había viajado con Parke como esclavo doméstico) no os he servido como si fueseis mi padre y amo?” Tal es la suerte de los esclavos domésticos en África, y tal la pintan los mismos testigos que los defensores del tráfico presentaron en el Parlamento. Querer comparar semejante estado con el de los infelices que están esperando en grillos, que llegue el barco que los ha de llevar a una tierra enteramente desconocida, y en donde a buen librar van a ser mirados como poco mejores que las bestias del campo, es una malignidad o un delirio.

Prescindamos, ahora, del mal tratamiento que sufren algunos de estos infelices en las colonias; figurémonos que todos los amos, y los sobrestantes de las haciendas en que van a trabajar para toda su vida, son unos modelos de humanidad, empeñados en libertar a sus negros de toda especie de molestia, a no ser las inseparables de su estado: aun en esta supo-

sición imaginaria, la esclavitud africana es un paraíso comparada con la de las colonias. Esclavos, al modo que los africanos en su tierra, son los paisanos rusos; y no obstante eso, la Europa ha visto con admiración los prodigios de valor que han hecho en prueba del amor que tienen a su patria. ¡Cuál sería, pues, su dolor, y cuán amarga su suerte, si fuesen sacados por fuerza de esa patria cuya posesión defienden a costa de su sangre, y llevados a trabajar para otros en una región distante! Si se dice que esos paisanos están más civilizados que los negros, eso mismo obra en favor de nuestro argumento. Porque si hombres más civilizados tienen por nada el ser mirados como bienes del señor del terreno en que nacieron, y nada les impide esta idea para amar con ardor a ese mismo suelo, origen de su esclavitud, si esos rusos civilizados, llevan tan alegremente su suerte en un país en que hay tan enorme distinción de clases, porque en él tuvieron su cuna— ¿cuánto más amaré a su patria el africano, que trabaja, vive, y come en compañía de sus señores, sin ninguna distinción visible que lo humille?

Considérese ahora a un africano trasladado a las colonias europeas; déjese a un lado el cúmulo de miserias que se le ha hecho sufrir hasta llegar a aquellas regiones tan distintas de las suyas, la impresión que debe hacerle la incertidumbre de su suerte, lo que debe sentir al verse puesto en venta en un corralón, en cueros, manoseado y examinado por los compradores, como si fuese una bestia; el terror y amargura que le ha de producir el hecho de separarlo de todos sus compañeros de infortunio, y acaso, de

su mujer, hijos y hermanos a quienes otro comprador ha escogido; dejamos todo esto a un lado, y fijemos la vista en un africano, que ha llegado al término de su horrible peregrinación. Su color, su lenguaje, su aspecto, todo lo condena a sentir, cada instante de su vida, el peso de su humillación y su abatimiento. El más oscuro de los habitantes blancos, el hombre más soez de la plebe, se indigna al pensar que no se le distingue como muy superior al africano y la lengua española le provee, en prueba de esto, de una frase que nadie extraña, ni en la boca del verdugo, *eso es tratarlo como a un negro*.

¡Qué ley ni que reglamento puede contrarrestar el efecto de opinión tan arraigada! Al paso que el negro tiene que bajar los ojos, y llamar *mi amo* al hombre más vil del pueblo, no hay blanco alguno que no tome este tratamiento a la letra. El efecto que esta persuasión general de superioridad tienen en el trato que sufre la clase abatida, es doloroso en extremo. Nuestra compasión natural nace de lo que se llama simpatía; es decir, de la semejanza que hallamos entre la naturaleza y sensaciones de otra cualquier criatura con las nuestras. Este influjo de la semejanza es tan indispensable para la compasión, que, sin él, las personas más sensibles están expuestas a ser en extremo crueles. ¿Se atreverán algunas de éstas a atravesar por medio del cuerpo y clavar contra una tabla a un animal que expresase su dolor con aullidos? ¿Y no lo hacen con una mariposa porque su forma, y la expresión de su dolor es del todo semejante a la nuestra?

A este modo sucede con lo negros. Lo que no se hiciera con el más despreciable europeo, en quien todo nos recuerda que es hombre como nosotros, se hace con el infeliz africano, porque los ojos y los oídos están continuamente diciendo que pertenece a una raza degradada por la opinión general, durante siglos.

Esta consideración debería bastar (aun sin los hechos citados) para convencer a todo hombre racional y desapasionado, de que por mala que fuese la suerte de los esclavos africanos en su propia tierra, jamás podría compararse con la que sufren entre unos hombres que se creen tan superiores a ellos, que aun cuando por una serie de generaciones se haya mezclado la sangre africana con la suya, hasta el punto de que en blancura, civilización, y talentos los exceda un descendiente de negro, todavía insisten en que debe ser mirado como inferior a la persona más despreciable que no haya tenido ningún antepasado africano².

Comparación de la esclavitud moderna con la de los griegos y romanos.

Los que pretenden defender la esclavitud de los negros con el ejemplo de los griegos y romanos (como lo hace la representación de La Habana) si hallan alguna fuerza en este débil argumento y no lo traen sólo con el intento de ofuscar y distraer con la multitud y variedad de sus alegaciones, hallarán más

² Las Cortes de España han privado a los descendientes de africanos, hasta las generaciones más remotas, del derecho de ciudadanía, aun cuando ellos y sus antepasados, hayan sido libres, por muchos años. Véase la *Constitución*.

que suficiente razón para abandonar semejante sofisma, sólo con que atiendan a lo que acabamos de notar sobre el influjo que la semejanza de color entre amo y esclavo, debe tener en el carácter de la esclavitud. Verdad es que ni griegos ni romanos, son modelo de moralidad que puedan formar regla para el género humano; y que si el empeño de defender el tráfico en negros nos trae a los romanos por norma, los mismos que usan este argumento no estarían libres de probar algún día la suerte que destinan a esos infelices africanos. Pero aun cuando, por seguir su doctrina, se imitase la conducta de Roma, y se hiciesen esclavos a todos prisioneros de guerra; la semejanza de los dueños y sus siervos, el riesgo de que se cambiase la suerte, y otras mil circunstancias que excitan la simpatía, harían infinitamente distinta la esclavitud de esta clase, de la que sufren los negros.

Pero no cansemos la atención de los lectores, ni la nuestra por ocurrir a todos los eflugios que en una perversa causa toman siempre sus defensores. Si el infeliz africano a quien se arranca de su suelo nativo no es acreedor a la compasión europea —si es “punto indiferente (como dice la ciudad de La Habana) el que se aumente algo más el número de bozales que son entre nuestras gentes de color *los menos identificados con los blancos*, los menos temibles y *menos dignos, por fin, de nuestro compasivo esmero*”; tengamos presentes a lo menos, que no debe ser, *punto indiferente* (ni aun en la doctrina de los defensores del tráfico) el aumentar el número de esos

Contradicción notable en representación de La Habana.

hombres *de color* que a pesar de que están más identificados con los blancos, y de que los hacendados de La Habana les muestran entrañas tan compasivas, son más terribles que sus abuelos africanos. Cuán verdad sea esto último, y lo mucho que debe temer la Habana de esta clase de gentes, se tratará en otro capítulo; pero mirándolos aquí como objetos para quienes reservan los traficantes la compasión de que se dispensan con los bozales, no puede menos de notarse la ceguedad de los que no advierten en esta misma compasión futura que prometen, la razón más fuerte contra la medida en cuyo favor la alegan.

“Déjenos (significa su argumento) déjenos traer negros de África: sus hijos serán más sensibles que ellos a las miserias de la esclavitud a que nacerán condenados; mucho más lo serán sus nietos. Nuestra isla se poblará de una generación de desgraciados, a quienes la mancha indeleble de su origen amargarán toda su vida. Nuestra será la culpa de su infelicidad; nuestro delito crecerá a proporción que se aumente el número de estos objetos *más dignos de nuestra compasión*; pero déjenos traer a los que han de pagar esta raza de miserables: a nuestro cargo queda el tenerles lástima”.

Relato del
delito de
traficar con
negros

Ésta es la moral de los comerciantes en negros; y siendo como la vemos, no es extraño que los más sagrados deberes de la justicia sean un *problema*. Cualquiera que no ha perdido absolutamente el tacto mental que distingue lo justo de lo injusto, está íntimamente persuadido de que cuanto más trascendental e irremediable es una injuria, tanto más culpa-

ble es el que la hace a otro. El falsario que por la suplantación de un instrumento público, entrega a la pobreza y abatimiento a una familia entera por dos o tres generaciones, es según la moral humana, casi peor que un asesino. El que por algún arte o medio (que gracias al cielo no está en manos del hombre) pudiese corromper de tal modo la sangre de un cierto número de individuos, que en el discurso del tiempo produjesen una raza de leprosos, sería mirado como un monstruo del infierno. Pero he aquí a una porción de hombres reclamando la protección de las leyes, para que los dejen corromper moralmente la sangre de millares de individuos, y hacer que produzcan una serie de generaciones que jamás podrán salir de su abatimiento, en tanto que exista en el mismo país la casta de gentes que arrancó del África a sus padres. Pero decidles que cometen en ello un delito, y los veréis burlarse de la moral que os lo dicta: veréislos llamar al compasivo ardor con que queráis atajar esa cadena interminable de injusticias, cuyo primer eslabón está en sus manos, *humos de filantropía* con que los hombres se *adormecen*.

Por fortuna, es imposible que el interés haya *despertado* de tal modo a la nación española, que tenga por sueños las siguientes verdades de la moral, que son el fundamento de lo que va dicho en este capítulo, y de otros infinitos argumentos con que pudiera probarse su objeto. 1º. Que la justicia no permite que a ningún hombre se le despoje de la propiedad de su persona, que es origen natural de toda propiedad. 2º. Que la moral no consiente, que

Recapitulación de los principios morales que condenan el tráfico en negros

para cometer esa injusticia se le haga sufrir a un hombre la miseria y el dolor que hemos visto ser inseparables del tráfico en esclavos. 3°. Que la moral hace responsables a los traficantes en esclavos, del número de muertos que se verifican en las guerras, y hostilidades que la compra de esclavos fomenta, y que no lo son menos de las vidas que se pierden por las enfermedades, y desesperación que el pasaje por mar produce. 4°. Que la moral acusa a los traficantes en negros, del retardo que trescientos años de este horrible comercio ha producido en la civilización de África, y cuyo funesto influjo continuará infaliblemente hasta que los africanos se persuadan de que no pueden sacar provecho de la venta de hombres, porque no hay quien vaya a sus costas a comprarlos. 5°. Que así como son culpables de todas las miserias, muertes y delitos que causa el tráfico por su inmediato influjo, lo son también de todos los males que tienen que sufrir los hijos y descendientes de esos esclavos que cogen en África, igualmente que de las funestas resultas que algún día debe producir en la colonia la existencia de una multitud de hombres degradados que sienten el peso de la injusticia que los condena a un abatimiento perpetuo. Pero esto ya pertenece al objeto siguiente.

CAPÍTULO II

Sobre el tráfico en esclavos considerado políticamente.

Los traficantes en carne humana, después de haberse empeñado en confundir con sus sofismas y cortar con su mofa a los españoles que, acaso, pudieran sentirse movidos a cierta compasión de los infelices negros de África, se dirigen a los Jefes del Estado para darles algunas lecciones de Política, no menos peculiares del comercio negrero que la moral de que hemos visto una muestra.

De los que no encuentran estorbo en las leyes de la moral para seguir trayendo esclavos del África, mal se pudiera esperar que los encontrasen en las de la política. ¿Qué es la política para los que ponen a un lado la consideración de lo justo, y lo injusto, sino el arte de obtener todas las ventajas posibles contra los demás pueblos, sea por los medios que fuere? Sentada esta horrible base, no ya los negros de África, sino los habitantes más cultos de Europa estarían expuestos a la suerte que sufren los negros, a no ser porque sus fuerzas militares los defienden. Quitado este obstáculo a la política negrera ¿qué inconveniente hallaría en comprar algunos centena-

res de artífices, menestrales y fabricantes de los más adelantados de otras naciones para que enriqueciesen con su saber y trabajo, a esos mismos que ahora se ceban con el sudor y la sangre de los africanos? No es esto una suposición imaginaria: cuando la política estaba tan separada de la moral como la ponen ahora los defensores del tráfico en negros, y tenía de su parte la fuerza, filósofos se vieron esclavos en Roma, y esclavos enseñaron, y ejercieron todas las artes en aquella capital del mundo. No es, pues, la diversidad de principios, sino la de fuerza, lo que confina las expediciones negreras a la costa de África.

Los traficantes en esclavos quieren probar por razones políticas que el gobierno español les debe permitir continuarlo hasta que llenen de negros sus haciendas — Injusticia de esta pretensión.

Es esto tan evidente, y son tan abominables los pretextos políticos en que el tráfico de esclavos se funda, que sus protectores no se atreven a defenderlo ilimitadamente, ni a pedir a sus Gobiernos que les mantengan el privilegio para siempre. Todos los argumentos políticos que se atreven a usar, están reducidos a que se les debe permitir traer negros de África hasta que hayan llenado las haciendas a su satisfacción.

La respuesta general a todos los argumentos posibles de este género es en extremo obvia, y fácil, si tenemos presente cuál es la esencia del tráfico cuya continuación se pide. Del mismo modo pudiera una colonia de piratas, pedir a las naciones marítimas de Europa que les permitieran continuar sus robos y asesinatos contra un pueblo determinado, hasta que hubiesen enriquecido su establecimiento a satisfacción de cada individuo. Las circunstancias (podría

decir un salteador de caminos) me han puesto en este género de vida: déjenme seguir un cierto número de años; en ellos me daré prisa a completar mi fortuna, y cuanto la tenga asegurada, yo prometo no matar ni robar a ningún pasajero por lo que me reste de vida. —Si la comparación tiene alguna inexactitud, no es otra sino que en nuestro caso, los salteadores son muchos, y los gobiernos de Europa, por una ceguera inexplicable, han ido a la parte en los robos.

Esta sola respuesta bastaría, si pudiera suponerse que la mayor parte de los hombres estuviesen dispuestos a sentir todo el peso de las memorables palabras de Mr. Fox en el debate del año 1792: “El tráfico (dijo) es contrario, en mi opinión, a la buena política. Pero sé de cierto que es inhumano —estoy seguro de que es injusto— y en tanto grado lo es uno y otro, que si las colonias no pudieran cultivarse de otro modo, deberían dejarse totalmente incultas”¹. Mas siendo, por desgracia, muy cierto que no todos se hayan dispuestos a sacrificar los que se llaman intereses políticos, a la virtud y la humanidad, es de nuestro deber tomar en consideración las circunstancias en que se hallan las colonias españolas, respecto al comercio de esclavos, y demostrar que muy lejos de que la abolición inmediata del tráfico pueda producir su ruina, nada las puede poner en mayor riesgo que su continuación.

¹ Clarkson, *Hist. of the Slave Trade*, vol. ii, p. 416.

Males que
amenazan a
los pueblos de
la América
española que
quieren
aumentar el
número de
sus esclavos.
Poco interés
que tiene la
América
española en
este infame
tráfico.

En primer lugar se deberá tener presente que ninguna nación europea ha tenido menos esclavos, atendida la extensión de sus colonias, y que ninguna ha fundado menos su prosperidad en el trabajo de estos infelices, que la nación española. En el gran reino de Nueva España, el número de esclavos es cortísimo, y ninguna especie de trabajo, comercio ni industria depende de sus brazos. El continente meridional se halla, por la mayor parte en las mismas circunstancias. Sólo tal cual establecimiento había fundado parte de su industria en la esclavitud como Caracas. Puerto Rico y La Habana son los dos puntos en que los negros constituyen la fuente principal de la riqueza de la población.

Aun cuando no fuese cosa tan sabida que la prosperidad de la América española no depende del bárbaro tráfico en carne humana, las circunstancias en que aquellos pueblos se han visto últimamente, nos han proporcionado una prueba indudable de esta verdad. Tales son los decretos que todos los gobiernos revolucionarios han dado sobre este punto. Caracas (cuyo interés en la importación de negros no cedía sino al de La Habana), Buenos Aires y Chile han abolido en sus territorios la introducción de esclavos. Cuando se supo en América el decreto pasado por aclamación en las Cortes y luego suprimido, para abolir el tráfico, sólo La Habana reclamó contra esta medida. Tenemos, pues, que en la balanza política de España no hay otro interés que pese contra las razones de humanidad y moral que se oponen al comercio en negros, sino la conveniencia e intereses de la ciudad de La Habana.

Las reclamaciones de aquella ciudad son muy semejantes a la de los colonos ingleses cuando trató el parlamento de abolir el tráfico en negros. La diferencia entre unas y otras es que en aquéllas se trataba de un inmenso capital, y aquí de un interés relativamente pequeño. Por lo demás, toda la reclamación se reduce que el Gobierno que ha favorecido la introducción de esclavos, haciendo, por tanto, que varios particulares embarquen sus capitales en especulaciones cuyo resultado depende del trabajo de los negros, no debe impedir la introducción de nuevos esclavos poniendo a los hacendados en riesgo de perder sus caudales. —El modo de pensar y dar su verdadero valor a esta reclamación será, considerar: 1º qué especie de protección y fomento han dado los antiguos Gobiernos españoles a las empresas que están fundadas en la confianza de poder traer esclavos de África, y en qué modo puede esto imponer a los presentes una obligación de continuar su licencia para mantener este tráfico: 2º averiguar si no hay medio alguno de evitar las pérdidas que anuncian los habaneros, fuera de continuar el tráfico; 3º examinar si puede haber esperanza de que continuándolo por tiempo limitado, desaparezca el riesgo que dicen que ahora amenaza a los propietarios de negros en La Habana.

Argumento de La Habana, fundado en la protección que el gobierno español ha dado al comercio en esclavos. Examen de esta alegación.

No nos pararíamos a hablar de la conducta de los antiguos Gobiernos españoles respecto a la importación de negros, a no ser porque este punto nos hará ver la poca buena fe que reina en la reclamación de

Falta de buena fe en esta reclamación.

La Habana, en lo que dice tocante a la ruina de sus empresas, en cuyo temor fundan su derecho político a la continuación del tráfico. Los autores de la representación aglomeraron en ella cuanto podía deslumbrar, y atemorizar a un gobierno nuevo, e intimidado con las recientes revoluciones de las colonias españolas, y en lugar de limitar sus argumentos a las circunstancias de su isla, copiaron aquéllos que en tiempos de los debates del Parlamento inglés, contribuyeron a retardar la abolición. Hallaron que los colonos ingleses habían amenazado al Gobierno con traspasar a sus manos las haciendas, pidiéndole los capitales que habían embarcado en ellas en fe de la decidida protección que las anteriores legislaturas habían dado al comercio en negros; y creyeron que podían acomodar esta misma razón a su caso. “V.M. debe reconocer (dijeron a las Cortes) que el arrancar de su país los infelices negros y mantenerlos aquí en la esclavitud en que se hallan, no es obra de los particulares sino de los soberanos que nos pusieron en tal caso, y de él no puede sacársenos precipitadamente decretando nuestra ruina, y olvidando en un momento todo lo que se nos ha mandado por más de trescientos años”².

Si los autores de la Representación se hubieran reducido a expresar con candor las circunstancias de su caso, débiles hubieran sido los argumentos en tan perversa causa, pero no incurrirían en tan notables contradicciones como lo hacen. —Tenían que pintar

² Representación de La Habana.

por otro lado el corto número de negros que en su concepto tiene la isla de Cuba. Para esto comparan su extensión con la de Jamaica y Santo Domingo: traen estados del número de esclavos que hay en ellas, y para que las Cortes tengan compasión de la Habana y le concedan el privilegio de colmar la medida de sus delitos contra la humanidad, siquiera hasta el punto que sus vecinos, tratan muy naturalmente de pintar el número de sus esclavos como pequeño. Aquí es donde la memoria hizo traición a los autores. Ese mismo gobierno español que por más de *trescientos años, estuvo mandándoles* traer negros, tiene ahora que cargar con la culpa de la escasez de este *género* en que se halla la isla de Cuba. En una serie de documentos justificativos de la misma Representación de La Habana, se encuentra un tanteo de los negros introducidos en la isla desde la conquista; y en él se sientan los siguiente datos³. “Prevaleció en la corte el sistema de la *prohibición absoluta*, siempre que no fuese con real licencia: y vista la serie de reglamentos que se sucedieron desde 1526 hasta 1580 y trataron hasta de tasar en Indias el precio de los esclavos, se conoce que no hubo provisión formal”. ...Cita después todas las contratas que hizo el gobierno hasta el año de 1616; y dice estas palabras. “Por aquí se infiere cuán mezquinas y escasas eran estas contratas para todas las Indias”. “Hasta que los franceses, durante la Guerra de Sucesión comenzaron a despertar nuestra industria con sus especulaciones para permutar ne-

³ Documentos Anejos. N° 6.

gros y efectos por tabaco, no hubo motivo ni estímulo para comprar esclavos”. “... Ganaron los ingleses por la paz de Utrecht la contrata del Asiento. La primera factoría y los varios contratistas que sucesivamente se obligaron proveer el estanco de España, hubieron de repartir algunos negros”. “...Siguió en 1740 la compañía de La Habana”. “...Un historiador patricio que escribió en 1761 asienta que la Compañía hasta entonces había expendido 4986 esclavos entre grandes y chicos, y los ingleses durante su dominio que no pasó de un año trajeron bastantes”. Atendidos estos cálculos suponen que hasta el año 1763, habrían entrado en la jurisdicción de La Habana 25.000 esclavos: que desde entonces hasta 1766 se introdujeron 4957; desde 1773 hasta 1779 el número fue de 14.132. Desde 1786 a 1789, fueron introducidos 5.786. “Siguióse luego (concluye la nota) el libre comercio establecido por la Real Cédula de este año (1789) y prorrogado hasta ahora, han entrado por él hasta fin de 1810, ...cabezas 110.136”. — Y aquí tenemos que el Gobierno que, según la Representación de La Habana, les “había mandado por más de trescientos años” introducir negros, resulta haber estado por cerca de tres siglos coartando la introducción, y permitiéndola sólo por licencias dadas cada vez a un solo individuo, y por un corto número de años. El año de 1789 cuando ya la nación que más había manchado sus manos en este horrible comercio empezaba a abrir los ojos, y trataba de abolirlo, con el mayor empeño; en el año de ochenta y nueve cuando el gobierno español se había sumergido en la corrupción más abominable de que hay

memoria; en el año de ochenta y nueve cuando ya el favorito Godoy era el alma de aquella desgraciada Monarquía; en el año de ochenta y nueve, y bajo tales auspicios, dio el gobierno español por vez primera licencia absoluta para robar africanos. Sus vasallos de La Habana aprovechándose de esta benigna ley, han introducido en 21 años, 110.136 *cabezas* (es decir, criaturas humanas a quienes cuentan como a sus ganados) y éste es el título de justicia en que fundan la obligación que tienen las Cortes de España (consideradas sin duda, como imitadoras y representantes de Carlos IV) de continuarles el mismo privilegio siquiera por medio siglo.

Medio siglo decimos por usar de una expresión que note limitación de tiempo; pero si atendemos a la razón en que los traficantes de La Habana se fundan, jamás podrá ponerse término a este abominable comercio; por el contrario, cuanto más crezca el número de los esclavos en la isla, tanto más ilimitada deberá ser la introducción. El argumento de la Representación es éste: El gobierno español nos dio licencias para traer negros a medida de nuestro deseo. En esta inteligencia emprendimos grandes desmontes, y plantíos de tierra. Los negros se mueren; y si al paso que nos van faltando, no nos permiten traer otros para suplir su falta, estas haciendas quedarán incultas; y nuestros capitales se verán destruidos. —Es, pues, evidente que el traer nuevos negros no hará más que perpetuar o aumentar la necesidad del tráfico. Luego la política deberá mirar a este

Atendidas las razones de La Habana jamás se podría poner fin a la introducción de negros

comercio como necesario para siempre, si lo es para un solo año.

Consecuencia tan horrible y tan contraria a la experiencia de las naciones que han abolido el tráfico después de haberlo hecho una parte esencialísima de su industria, nos indica que la alegación de los interesados, o es falsa absolutamente, o si los males con que amenaza tienen alguna verosimilitud, debe hallárseles remedio de otro modo que con la continuación del tráfico: esto es lo que propusimos averiguar en segundo lugar.

La propagación natural de los esclavos que ya están en las colonias, debe ser más que suficiente para evitar los perjuicios que figuran los habaneros, en la prohibición inmediata del tráfico.

¿No se propagan los negros en la misma proporción que los demás hombres? En mucho más número según experiencia indudable. ¿Por qué, pues, los negros con que los habaneros han emprendido sus cultivos necesitan reponerse con otros traídos del África? Y aquí es preciso que no confundamos las nuevas empresas que su codicia les dicte, con la pérdida de las ya emprendidas, que es en lo que fundan su reclamación. Ahora bien, cuando mil hombres libres (por ejemplo) han desmontado una porción de terreno, jamás se ve que tengan que mandar por nuevos colonos para mantener el cultivo; por el contrario, se ve que la población crece de modo que al morir los primeros cultivadores es ya preciso aumentar las suertes con nuevos demontes. ¿Cómo explicarán, pues, los habaneros esta singular anomalía, esta excepción de la regla general de la naturaleza, en que fundan la necesidad de continuar el tráfico? Desde 1789 hasta 1810 habían introducido (según su cuenta) 110.136 negros; desde 1810

hasta el presente año no se habrán dormido en este punto, y mucho más hallándose sobresaltados con la determinación que manifestaron las Cortes de abolir el tráfico⁴. Con los que, según la representación, existían al llegar estas nuevas remesas, La Habana tenía un cuerpo de esclavos de 212.000, *cabezas*, en julio de 1810. Según Padrones anexos a la Representación sabemos que en aquella ciudad y sus arrabales se habían aumentado los libres de color, desde 1791 hasta 1810 en razón de 171 por ciento: en el barrio de la Salud a 295 por ciento; en Holguin a 353 por ciento; en Bayamo a 128; en Puerto Príncipe a 131. Aunque hayan contribuido algunas causas accidentales, y de mera agregación para aumentar la razón proporcional en algunas partes, más de lo que debiera ser por mera propagación; ésta, confiesan los mismos autores, que “ha sido asombrosa”⁵, y que “a ella contribuye más que nada la benignidad del clima”⁶.

⁴ Extracto del Informe de los Comisionados por el *African Institution* en la Costa de África, en el año de 1810. “La grande escena del tráfico en esclavos está en la costa de Whydaw, a la derecha de Benim Gaboom, y los establecimientos portugueses de Angola. No tenemos medios de asegurarnos a punto fijo del número de esclavos que se extraen; pero según la opinión general de los españoles y portugueses empleados en el tráfico que han sido traídos a este puerto (Sierra Leona), la importación anual era a principios de 1810, según un cálculo moderado, de 40.000 para el Brasil y 40.000 para la isla de Cuba”. *6th Report of the African Institution*, Appendix A. Esto tiene la confirmación de personas que residían en La Habana en dicho tiempo.

⁵ Letras B, C, D, E.

⁶ “Circunstancias particulares, locales o accidentales, pueden haber contribuido a estas variaciones... Sobre todo el estí-

En este clima benigno, la raza negra que es naturalmente fecunda, más que otra, debiera aumentarse de un modo prodigioso, y en efecto se ve que sus descendientes, apenas salen del estado de esclavos suelen triplicar su número en el espacio de veinte años⁷. Por otro lado la proporción más baja del aumento de la población sin obstáculos, la da doblada en 25 años. La propagación de los esclavos no puede tener otros impedimentos, que los que le pongan sus amos. ¿Cómo, pues, se atreven los hacendados de La Habana a aclamar al gobierno para que les dejen traer negros de África, alegando que no pueden tener completo, de otro modo, el número de brazos que necesita el cultivo de las haciendas en que han embarcado sus capitales? ¿Quién tiene la culpa de que los esclavos de La Habana no se propaguen siquiera para mantener estacionario su número?

Por fortuna la misma Representación nos presenta, sin que lo imaginasen los autores, los datos más satisfactorios para explicar este enigma. Irritados

mulo que ofrecen las ciudades a sus vicios o a su aplicación *preferente a las artes mecánicas, son causas que explican en gran parte su asombrosa propagación. Confesamos que a ella también contribuye más que nada la benignidad del clima que exime a nuestra plebe de las muchas miserias y calamidades que afligen al pobre e impiden su propagación en los climas fríos*". —*Documentos anexos a la Representación de La Habana. N° 0.*

⁷ *En la proporción de 353 por ciento, que es la del aumento de los libres de color de Holguin, dejamos 53 por ciento en consideración a las causas accidentales que puedan haber concurrido.*

con la proposición de un diputado en Cortes que atribuyó a los dueños de esclavos el deseo de que sus negros se propagarían, sin atender a la legitimidad de los medios, descubren la verdadera causa de que sea necesario suplir con negros africanos los que mueren en las haciendas de América. La razón es que la propagación de los negros no tiene cuenta a sus dueños en tanto que haya medios de traerlos de África. “La esclava preñada y parida (dice la Representación) es inútil muchos meses, y en este largo periodo de inacción su alimento debe ser mayor y de mejor calidad. Esta privación de trabajo y aumento de costo en la madre, sale del bolsillo del amo. De él salen también los largos y, las más veces, estériles gastos del mismo recién nacido, y a esto se unen los riesgos que se corren en las vidas de madre e hijo, y todo forma un desembolso de tanta consideración para el dueño, que *el negro que ha nacido en casa ha costado más cuando puede trabajar, que el que de igual edad se compra aquí en pública feria. De aquí se infiere que de parte de los amos no hay ni puede haber interés en promover los partos de sus esclavas*”⁸.

Este mismo interés que tan satisfactoriamente nos explican los hacendados de La Habana, les dicta que no compren hembras. Un varón trabaja tres veces más y no puede causarles desembolsos. “No hay una hacienda (continúa la Representación) que tenga las hembras que corresponden al número de sus varo-

⁸ Representación de La Habana, parte 2ª.

nes. Hasta ahora quince años, venían muchísimas menos hembras que varones, y *viniendo tan pocas que apenas eran las necesarias para el desordenado servicio doméstico de las familias blancas, se vendían por un tercio menos que los varones*. De quince años acá han empezado a variar las ideas en esta parte, y el precio de las hembras ha subido (aunque nunca ha igualado al de los varones) porque se han llevado a los nuevos establecimientos; pero ni aun allí han ido las suficientes y los antiguos se mantienen sin mujeres”⁹.

Respuesta a la alegación de que no hay esclavas bastantes para la propagación

¡Tan poderosa es la voz del interés inmediato y presente en todos los hombres, y en especial en los que desnudándose de las entrañas de tales, comercian y especulan, contando las ganancias que les dará la esclavitud no sólo de las personas sino de las inclinaciones, y afectos de sus hermanos! ¡Y éstos son los que acusan al Gobierno de que los arruina cuando trata de cortar de pronto el tráfico horrible de negros! —No tienen mujeres bastantes, y los negros no pueden propagarse. Pero ¿creerá nadie que si se les permite el tráfico por un cierto número de años, emplearán sus capitales en traer sólo hembras, y que esperarán a reembolsarse de aquí a quince años, cuando empiecen a trabajar sus hijos? Semejante esperanza es ridícula.

En 1795 celebró el consulado de La Habana una junta en que entre otros puntos relativos al tráfico de

⁹ Representación, parte 2^a.

esclavos, se trató de los medios de aumentar su propagación en la isla. Uno de los miembros¹⁰ propuso “que para animar la introducción de las hembras africanas se impusiese, a imitación de los ingleses, un derecho de seis pesos por cada cabeza de negro varón, eximiendo de él a las hembras, y exhortando a los hacendados a introducir en sus haciendas un tercio de ellas”. En otra junta celebrada el mismo mes “tuvo mucha oposición el pensamiento de un derecho sobre la introducción de negros varones, y mucho más la proposición que se substituyó (por el mismo miembro que hizo la propuesta original) de imponer una capitación proporcional sobre las haciendas que no tuviese una tercera parte de hembras; inclinándose la pluralidad de votos a que no convenía emplear para la propagación de esclavos criollos, medio alguno coercitivo, respecto a que habían provisto suficientemente nuestras leyes a la libertad que tienen los esclavos de casarse cuando les parece”. Los hacendados deberían haber añadido para que el escarnio de las leyes fuese completo “aunque no tengan hembras con quién”. En diciembre del propio año se nombró una comisión para que propusiese medios de fomentar la propagación de los negros. Ésta informó al Consulado y sus propuestas “encontraron igual oposición que las demás”. Los hacendados se resistieron a toda especie de limitación sobre este punto, de modo que fue preciso abandonarlo. Últimamente en 1804 expidió el gobierno español una cédula concediendo libre introducción de

¹⁰ El oidor síndico Dr. Francisco de Arango.

negros por doce años, y mandando “que en los ingenios y haciendas donde sólo hay negros varones se pongan negras, limitando el permiso de la introducción en tales establecimientos a sola esta clase o sexo, hasta que estén casados todos los que deseen este estado; haciendo entender a los hacendados que sobre ser ésta una obligación de justicia y de conciencia les resultará la utilidad de aumentar el número de sus esclavos y de mejorar la clase de ellos sin el continuo expendio de caudales en la compra de bozales para reponer a los que mueren”¹¹. Pero el que procuró esta Real Orden conocía poco la dificultad de hacer entender a los hacendados las ventajas remotas que les produciría el cumplimiento de sus *obligaciones de justicia y de conciencia*. El cálculo ciego e inhumano de lo que les cuesta el tener hembras, y criar a sus hijos será siempre un obstáculo insuperable a la propagación de los negros esclavos, en tanto que la prohibición absoluta de traer otros nuevos, no los obligue al medio más humano de reponerlos, que la naturaleza, aunque doliente, les ofrece. La abolición inmediata y absoluta, es lo que puede corregir el abuso; las órdenes y leyes sobre este punto serán siempre tan ilusorias, como la que hemos citado. En 1804 se mandó que no se permitiese aumentar el número de esclavos en ninguna hacienda, hasta que estuviesen provistos de mujeres los existentes en ellas: en 1810, habiéndose introdu-

¹¹ Documentos anejos a la Representación de La Habana, nº 6. Real Orden Reservada fechada en Aranjuez a 22 de abril de 1804.

cido en estos años los esclavos en mayor número que nunca¹², representa la ciudad de La Habana “que en los nuevos establecimientos... no hay las suficientes, y los antiguos se mantienen sin mujeres”.

Nunca, nunca se espere que reglamento alguno pueda remediar unos abusos que están en la misma esencia del mal que se quiere modificar. Los dueños, y los comerciantes de esclavos no sacrificarán la menor parte de su interés inmediato, mientras que la inflexible *necesidad* no los obligue. Ya se ha visto la oposición que encontraron en el Consulado de La Habana todos los planes para aumentar el número de hembras esclavas en las haciendas: las medidas más suaves se llamaban *coercitivas*, y los que no se paran en condenar a esclavitud a millones de hombres, se resisten furiosamente a la menor limitación en el uso de su *injusticia*.

Pero apenas se podría imaginar hasta qué punto llega el intratable egoísmo de los protectores del tráfico en La Habana, si no se les hubiese caído de la pluma otro hecho que al paso que muestra cuán lejos se hallan de sacrificar la menor parte de interés momentáneo y del día presente, hace ver que se exponen a sí propios y a sus descendientes a los mayores peligros sólo porque la ganancia del tráfico

Multitud de esclavos que hay en La Habana. Riesgo de la isla por la multiplicación de la gente de color

¹² Tenga presente el lector que la introducción de esclavos desde 1789 hasta 1810 es de 110.136 *cabezas* según la Representación de La Habana, que seguramente no exagerará el número.

es inmediata, y los riesgos de continuarlo, aunque enormes, aparecen algo remotos. Sepa, pues, que en tanto que la ciudad de La Habana clama por la continuación del tráfico en hombres, y llora a las Cortes su ruina a no ser que les dejen continuar la importación de nuevos negros; en tanto que protesta que la propagación de los esclavos es imposible por falta de hembras; en tanto que funda en estas extrañas razones la necesidad de ir a África a causar la desolación y horrores que hemos visto, La Habana y todas las ciudades de la Isla están “plagadas de esclavas”, que tienen una sucesión tan numerosa, que ya excede al número de los blancos. Pero dejemos a los interesados que nos hagan la pintura.

“Sabe V. M. (dicen a las Cortes) dónde se multiplican ahora y se han multiplicado siempre con el mayor daño nuestro, esto es dentro de las poblaciones y más en las grandes que en las pequeñas. Por el más funesto descuido de nuestra soñolienta policía, por el más culpable olvido de todos nuestros intereses, nuestras casas, en todas épocas, han estado plagadas de esclavos sirvientes de ambos sexos, y *principalmente de hembras* que viven comodísimamente, y por lo mismo contraen todo género de vicios, siendo los más seguros la pereza y liviandad. Todos tienen sucesión y muy numerosa los más, y todos facilidad de libertarse a sí mismos, de lo cual ha resultado en todas nuestras poblaciones esa infinidad de gentes de color que *con tanto cuidado como nosotros*, habrá V. M. observado en los padrones que enviamos. El daño en esta ciudad llega a tan alto punto que casi están a la par los libres de color

con los esclavos, y que unidas ambas clases, llegan a la asombrosa suma de 55.077 que es mucho más que los blancos, cuyo mal a cada paso toma tan grande incremento que en el número de bautismos de los dos años anteriores, casi subimos a dos de éstos por uno blanco”.

En semejantes circunstancias La Habana implora la *compasión* de las Cortes para que después de haber aumentado el número de esta población temible con más de ciento y diez mil esclavos en pocos años, se le permita continuar haciendo lo mismo hasta que el abismo de la codicia individual diga basta. ¿No es esto un delirio incomprensible? Así lo parece, porque su explicación se calla. Los hacendados no intentan ni intentarán fácilmente la propagación de sus esclavos. Quieren brazos para las haciendas, negros varones, que condenarán a perpetuo celibato, y a los desórdenes que deben seguirse en hombres nacidos bajo el sol ardiente de África. Estos trabajarán hasta que mueran, y morirán sin sucesión que aumente el número de la población de color a quien temen. Vendrán otros en su lugar de África. En este tiempo las cosas habrán tomado su rumbo; los esclavos y libertos urbanos se habrán cuadruplicado en los cuarenta años siguientes —y la generación futura de blancos verá la suerte que le toca— la presente se habrá hartado de lujo y de riqueza, y cuando llegue el día de la venganza, ya estarán fuera de su alcance en este mundo.

Estos son cálculos que el egoísmo puede, en malhora, hacer a su sabor, y sostener con todas sus fuerzas; pero que la sana política no puede pasar por

alto, sin incurrir en un error funesto. El Gobierno español tiene a la vista en estos hechos, los datos más seguros para dirigir su conducta en el punto importante del tráfico de negros. Aun cuando pudiera prescindir de las consideraciones de humanidad y justicia que van expuestas, no podría de modo alguno cerrar los ojos a los peligros que amenazan a esa importante isla, cuyos necios clamores lo arredraron en la determinación que únicamente puede salvarla. La proporción en que crecen las gentes de color en las ciudades de la isla de Cuba es enorme, según se ha visto; y conforme a todas las reglas y observaciones que hay sobre esta materia, en vez de que esta enorme propagación se disminuya, debe crecer más y más cada día. La plebe (como nota uno de los documentos anejos a la Representación de La Habana) no padece en aquel clima los males que la pobreza produce en otros. El mismo abatimiento en que está la clase de color, le quita todas las aprehensiones que impiden a las clases más altas el contraer matrimonios desde temprano. La robustez de los negros y mulatos, los hacen en extremo prolíficos: todo, en fin, prueba que en breve deben crecer de un modo extraordinario. La esclavitud doméstica en aquellos países es origen de infinitos vicios; como el abatimiento de la clase de esclavos y libertos lo es de una perversidad de corazón, que los dispone a la crueldad y venganza. La experiencia confirma lo que la razón recela sobre este punto; y La Habana tiene en Santo Domingo el ejemplo de lo que le amenaza. El único remedio y preservativo que le queda, es cortar el funesto origen del mal que está para

oprimirla. Mientras que haya introducción de esclavos, todo seguirá en la isla, el mismo rumbo que ahora. El interés de tener una multitud de criados los aglomerará en las ciudades; porque si las Haciendas proporcionan mercado a ocho mil, por ejemplo, los cargadores tendrán cuidado de traer dos mil más para la demanda de las poblaciones. Hembras vendrán en la carga, pero serán para satisfacer a la molicie de un sexo, y a la corrupción del otro, en las ciudades. Los hacendados no las comprarán para sus *negradas*, hasta que no vean cerrado el conducto que les proporciona esclavos a menos costa, y con inmediato reembolso. El Gobierno español tiene a la vista la inutilidad de toda especie de leyes y reglamentos cuando se dan a un pueblo lejano, en que el interés general es quebrantarlos. La Real Cédula de 1804 es prueba evidente de esto; pero aun cuando faltara este dato, la misma Representación de que tanta luz hemos sacado, lo expresa de un modo evidente aunque indirecto. Después de hacer tan clara y enérgica pintura de los riesgos a que la población de color, que inunda sus ciudades, expone a aquella isla; atemorizados los que representan, no de su riesgo, sino de la idea de que los obliguen a ponerle remedio, concluyen de este modo. “Pensar en medidas violentas para echar de las ciudades y transportar a los campos estas gentes, en lo general corrompidas, es pensar un imposible, que tal vez será motivo de mayores injusticias y mayores desastres”. Con esta vaga y confusa respuesta, con el nombre de *medidas violentas*, y la oscura mención de *mayores injusticias* y *mayores desastres*, dejan emplastado el cáncer mortal que

antes descubrieron, y pasan a clamar por aquello mismo que sirve de pábulo a la enfermedad que los consume. Toda medida que saca una línea de su rumbo al hacendado, es “*coercitiva*”; todo reglamento que pueda inquietar al soñoliento lujo de los habitantes ricos, *puede* “producir mayores injusticias y mayores desastres”. ¡Mayores injusticias que las del horrible tráfico! ¡Mayores desastres que los que están produciendo cada día esas expediciones que van a cazar hombres! ¡Mayores males que los que esa población pobre, ociosa, y corrompida causará dentro de pocos años si no se le da otro rumbo que el que hasta ahora lleva!

Excelentes
consecuencias
que tendría la
prohibición
inmediata y
absoluta del
tráfico

En buena hora no se usen *medidas violentas*. Adóptese una sola, que respira dulzura. Prohíbese por el Gobierno español la introducción de negros, bajo las más graves penas, y se verá a ese mismo *interés individual* que ahora está tan ciego, abrir los ojos y poner el más eficaz remedio a todos los males que preparan la ruina y desolación de la isla de Cuba. Esclavos de ambos sexos se hallan en las poblaciones de aquella isla, en tal número, y con tanta rapidez se multiplican, que sus habitantes prevén las más funestas consecuencias. Prohíbese, pues, la introducción de africanos, y los que necesiten esclavos en el campo, hallarán interés en comprarlos en las ciudades, igualmente que sus dueños en venderlos a buen precio. La disminución de los sirvientes esclavos irá progresivamente introduciendo los asalariados, y esto dará empleo a muchos libertos que ahora pasan el tiempo en una ociosidad corrom-

pida. El interés de propagar los esclavos campestres hará que se trasladen a las haciendas parte de esa multitud de esclavas que están en los poblados, y en vez de dar vida a una generación temible, producirán agricultores, cuya multitud no amenaza inmediato riesgo en una isla que tiene tanto despoblado.

En fin; no nos cansemos en pintar por menor, ni en probar la seguridad de los buenos efectos de esta medida. La causa que defendemos está ganada en el tribunal de la Política, a no ser que ésta sea tan ciega como el interés individual que quiere ofuscarla. La introducción de africanos tiene a la isla de Cuba en el inminente riesgo que pintan sus habitantes. Enhorabuena se niegue que la abolición del tráfico pueda causar los bienes positivos que prevemos; mas, ¿podrá por eso desentenderse la buena política de la obligación que tiene de evitar el aumento de esos males que no pueden negar sus mismos patronos?

CAPÍTULO III

El comercio en esclavos considerado cristianamente

“Según se nos decía, y dicen todavía, muchos libros de respetables autores (habla la Representación de La Habana), era (la religión) muy interesada en liberar esas almas, de eterna condenación; y... no puede ser justo dejar burlados y expuestos a los blancos que obedecieron esos preceptos:... no puede ser bueno condenar a celibato y mayor trabajo a los que vinieron, y en ningún sentido puede ser acertado el causar estos males infalibles por un bien que antes se llamaba mal, y siempre será bien dudoso o bien pequeño”.

Si aún queda en los corazones un grano de aquella fe cristiana que mudó la faz de la Europa, que civilizó a sus pueblos, y que abolió la esclavitud en ella; si aún resta alguna especie de respeto a la moral pura y benéfica del Evangelio, difícil será que se lean las expresiones que anteceden sin indignación y dolor. Los mismos que las usaron, percibieron bien pronto el efecto que habían de producir en muchos y no pudieron menos que condenarse a sí propios en las palabras siguientes con que quisieron modificar

Alusión de la ciudad de La Habana a este punto; y contradicciones en que incurre

las anteriores. “Dios no permita (continúan) que nosotros profanemos nuestra moral santísima, cubriéndonos con el velo impío con que se pudo cubrir la desenfrenada codicia. Dios no permita, decimos, que ahora defendamos nosotros como un acto de piedad la violencia de traer y de traer en cadenas desde países tan remotos a criaturas humanas; pero pues no somos autores ni aun instrumentos siquiera de semejante violencia; pues nos hallamos por ella rodeados y por todos lados de graves inconvenientes, y autorizados para escoger los que menores sean, huimos de las extremidades, y con igual cuidado procuramos evitar las del sórdido interés que las del loco entusiasmo”.

Difícil será entender lo que los autores de la Representación quieren decir en este laberinto; mas su examen nos servirá como de una demostración práctica de lo imposible que es conciliar la profesión del cristianismo con el tráfico en esclavos. Toda la habilidad y destreza del redactor de la Representación (que en el discurso de aquel escrito se manifiesta no escasa) no basta a salvarlo de este paso, sin abismarse en un mar de contradicciones.

Los libros que en los siglos de ignorancia dijeron que se debía extender la religión cristiana haciendo la guerra a los que no la profesaban, no sería extraño que aprobasen las expediciones a la costa de África como medio de convertir a los negros. Si los que claman ahora por la continuación de este tráfico creyeran de buena fe que lo dicta el Cristianismo, sabríamos bien cómo arguir contra este falso supuesto. Pero ¿qué podemos decir en el caso presente, en que

se sienta aquella doctrina, se fundan en ella argumentos, y luego se le da el nombre *de velo impío de la codicia*, sin que por eso se desista de afirmar la misma consecuencia? En la suposición primera, se arguye diciendo que no es justo (según los principios del Cristianismo, que es aquí el eje del argumento) dejar burlados a los blancos, que obedeciendo como precepto lo que decían aquellos autores, fueron por negros a la costa de África; que no es justo (cristianamente) “condenar a celibato y mayor trabajo a los negros que vinieron”, impidiendo ahora que vengan más. En la segunda suposición (que es la que adoptan los hacendados de La Habana) la moral de Cristo se profana con la suposición de que sea acto meritorio, y mucho menos precepto, el ir por negros a África, usar de violencia para arrancarlos de allí, y traerlos desde países tan remotos en cadenas. ¿Cómo creará nadie que se puede inferir de este segundo supuesto, que se debe continuar cometiendo esa *violencia* y trayendo negros *en cadenas*? ¿No se ve en esto la pugna que resulta del empeño de sacar una consecuencia predeterminada, a pesar de la luz de la razón y el remordimiento de la conciencia? El intérprete de los hacendados de La Habana viéndose sin salida en el caso presente, rompe por medio de las razones en que él mismo se había enredado, y disculpándose con que los habaneros “no son autores, ni instrumentos siquiera de semejantes violencias”, dice que quieren escoger los menores inconvenientes, huyendo de las extremidades, y evitando “las del sórdido interés con igual cuidado que las del loco entusiasmo”. ¿Y cuál es este prudente y cris-

tiano medio? Continuar trayendo negros con *violencia y en cadenas*.

Pruebas
directas de la
incompatibili-
dad de la
moral
cristiana con
el tráfico en
negros

Absurda como es la suposición de que en continuar el tráfico de negros se hace un servicio al Cristianismo, si hay aún alguien que de buena fe la mantenga, su error tendría más disculpa, que no este vano y artificioso juego de palabras con que se quiere implicar a la religión cristiana en un *crimen e injusticia* que ella misma condena, según los autores de la Representación lo confiesan enseguida. Pero ya que con una visible falta de buena fe han querido dejar ese cabo suelto, como dicen, valga lo que valiere, aunque sea una especie de irreverencia a la religión cristiana el suponer por un instante, que aprueba lo que la Ley natural condena, según hemos ya visto; los bien intencionados nos disculparán de que nos detengamos a vindicar al Cristianismo, de esta acusación con que los comerciantes en negros (bien que al soslayo) han tiznado su venerable nombre.

Pero antes de emprender este argumento, permítasenos repetir lo que siempre es necesario que tengan presente nuestros lectores: que no tratamos de la posesión y propiedad de los esclavos que ya han sido transportados de África, y de sus descendientes que nacen en esclavitud. Respecto de estos, el Cristianismo, la moral y la política dictan cosas muy diversas de las que mandan con relación a los que se hallan en su país nativo y su libertad natural. La religión de Cristo no puede mandar que se ocasione mayores males por deshacer los que ya se han causado. Seguramente, la religión no dicta a los gobiernos que

obliguen a sus vasallos a dar inmediata e ilimitada libertad a sus siervos. Esto es un *imposible* moral, y político: la religión lo mira como tal, y lo pone a cargo de los que aprobando y ejerciendo el tráfico, cometieron y cometen un delito cuyas funestas consecuencias apenas podrán atajarse de aquí a siglos. Esto supuesto veamos si la religión cristiana puede permitir que se continúe haciendo esclavos.

La propagación del Cristianismo es un bien: muy lejos estamos de negar este principio; pero no es un principio menos fundamental de la moral cristiana, que *no se puede hacer mal con objeto de que resulten bienes*. Esta sola reflexión debe bastar para que todo cristiano que haya leído el bosquejo de la historia del tráfico, condene su continuación como un pecado gravísimo. Decir que el Cristianismo debe propagarse a costa de las guerras, desolaciones, robos y homicidios que el tráfico produce en África, a costa de la desesperación, suicidios y muertes que causa el pasaje por mar a la América, a costa de los delitos que produce el desenfreno de las tripulaciones a cuya discreción vienen por muchos meses las esclavas, decir que todo esto lo aprueba el Cristianismo, porque algunas de estas víctimas recibirán el bautismo, es un verdadero insulto a la religión que profesamos. Doctrina es de los Santos Padres, y punto indudable entre todos los moralistas cristianos, que una acción pecaminosa en sí misma, no sería excusable aún cuando de ella se hubiera de seguir la conversión de todo el género humano; ¿cómo pues, podría el Cristianismo aprobar el abismo de delitos que son inseparables de las expediciones para esclava-

vizar negros, y sus consecuencias escandalosas después de esclavizados, sólo porque algunos de ellos se catequizan en las colonias?

Aun cuando todos los que allí reciben el bautismo hubieran de ser tan fieles a su nueva religión que por sus virtudes se viesan colocados después en los altares, esto probaría que la providencia sabe sacar bienes de los mayores males; mas nunca disculparía la acción criminal que fue ocasión de este bien. Mayor delirio sería disculpar la *violencia* de un apresador de esclavos, porque de ellos pueden formarse cristianos verdaderos, que el proteger el adulterio y la disolución, por la razón de que pueden producir santos. En verdad que hay infinita más probabilidad de que un bastardo sea virtuoso, que no que un negro apresado sea buen cristiano.

Pero el tráfico en negros, en vez de propagar el Cristianismo, y las virtudes que son su consecuencia, es uno de los más funestos contrarios. Él cierra la entrada a la luz de la revelación en el África; y extiende el vicio y la corrupción por la América toda.

Los que imaginan que la religión de Cristo puede jamás extenderse o arraigarse a la sombra de la violencia, porque ven que varias víctimas de la fuerza se someten a las ceremonias exteriores que la religión prescribe, deberían siempre tener presente aquel terrible dicho del cacique que puesto en tormento por los españoles conquistadores de América, y ofreciéndole *el cielo*, si recibía el bautismo, preguntó si entraban en el cielo los españoles; al responderle que sí, contestó con un gemido: "*En tal caso no quiero ir al cielo*". Lo mismo, y con más

razón dirán los africanos a quien se les predique la religión de Cristo. ¿Cómo puede ser buena, dirán, siendo la religión de los traficantes en esclavos?

No es ésta una mera suposición, o conjetura. Antes de que se agitate la cuestión que al presente tratamos, y antes que las opiniones sobre ellas pudiesen excitar sospechas de parcialidad, Mr. Smith, agente de la compañía inglesa que traficaba en esclavos, escribía las siguientes palabras en el año de 1722. “Los negros reflexivos cuentan por su mayor desgracia la llegada de los europeos a aquellas tierras. Dicen que nosotros los *cristianos* introdujimos el tráfico y que antes de nuestra llegada vivían en paz. Pero se ve, dicen ellos, que donde quiera que va el Cristianismo va con él la espada, el cañón, la pólvora y las balas”.

Esta preocupación contra el Cristianismo es tanto más fuerte en África cuanto que, con vergüenza nuestra, la religión mahometana comparada con la que muestran allí los europeos aparece muy superior a los ojos de los infelices negros. Hablando Mr. Parke de la nación Fonlah, en que es muy común el mahometismo, dice que “no reconoce entre ellos la persecución religiosa, ni tampoco es necesaria, porque el sistema mahometano tiene medios mucho más eficaces de extenderse. Por medio del establecimiento de escuelas en que los muchachos gentiles, igualmente que los mahometanos, aprenden a leer por el Alcorán, y se instruyen en los dogmas del Profeta, los sacerdotes mahometanos los imprimen en sus discípulos, y forman su carácter de tal modo que ningún acontecimiento puede hacerlos titubear en lo restante

de sus vidas. Muchas de esas escuelas he visitado en el curso de mis viajes por el país, y he observado con placer la gran docilidad y obediente deporte de los muchachos, ansiando en mi corazón que tuviesen mejores maestros y religión más pura”. En otra parte, hablando del país de Mandingo, habla Mr. Parke aún más expresamente a nuestro intento. “Aunque los negros (dice) tienen generalmente grande idea de la riqueza y poder de los europeos, temo que los adeptos mahometanos tienen en mucho desprecio a nuestros principios religiosos. Los traficantes blancos de los distritos marítimos, cuidan muy poco de contrarrestar esa triste preocupación. Considerando esto no me causó tanta admiración como sentimiento el observar que mientras que ha podido la superstición mahometana esparcir este crepúsculo de saber entre aquellos pobres pueblos, se hallen cerrados a las luces del Cristianismo. Ni podía dejar de dolerme de que estando los europeos frecuentando las costas del África por más de doscientos años, los negros se hallen aún enteramente ignorantes de las doctrinas de nuestra religión santa.”...“El pobre africano a quien nosotros damos el nombre de bárbaro, temo yo mucho que nos mira como a una raza de paganos ignorantes, aunque muy temibles”.

De este modo se ha cerrado la puerta a la predicación del Evangelio en la mayor parte de un continente inmenso; dejándosela abierta, y con todas las ventajas posibles, al mahometismo, que se halla extendido por un territorio inmenso en el que si se ha oído alguna vez el nombre de Cristo, ha sido sirviendo de apelación general a los traficantes de

esclavos. Los mahometanos deben aparecer ángeles, respecto de los cristianos que se han conocido en África hasta ahora.

Al fin, si hubiera probabilidad de que los esclavos que se arrancan del África, recibiesen los bienes del Cristianismo en la servidumbre a que los llevan; alguna, aunque muy desatinada disculpa pudiera darse al silencio con que los ministros del Evangelio en España, ven hacer este bárbaro tráfico. Pero consideren los hombres piadosos, ¿cuál puede ser la mejora que la profesión exterior del Cristianismo puede causar en aquellos infelices agobiados con el peso de las aflicciones y tormentos que les causan los cristianos? Un negro bozal destinado a una hacienda a trabajar bajo el látigo, ¿qué instrucción puede recibir? ¿cómo la oirá, cansado del trabajo, emperrado con la opresión, y lleno de odio a cuanto venga por mano de los blancos? Esto es suponiendo que se trate de catequizarlos, y que se pongan capaces de entender la lengua en que se les haya de dar la instrucción necesaria. Pero lo cierto es, que según lo que dicta la razón, y lo que atestiguan todos los hombres imparciales que conocen a las colonias, no hay uno entre todos los negros bozales que se pueda decir que es cristiano verdaderamente. Pero ¿a qué nos cansamos en probar esto cuando, según la confesión de los patronos del tráfico en España, ni aún el bautismo se administra a muchos de los esclavos bozales? “Nosotros toleramos y hemos tolerado siempre (dice la ciudad de La Habana) que vengan negros infieles, e infieles se mueren muchos”. Lejos de nosotros el entrar a examinar los altos juicios de Dios, y las

leyes de su justicia respecto a estas víctimas de la avaricia europea; pero, si atendemos a las máximas de la Teología, ¿no se podrá decir que traemos esos infieles negros para que recibiendo el bautismo, les sean más imputables los delitos a que los expone la especie de vida en que han de pasar sus días? Párense a su consideración los ministros del Evangelio en las costumbres que reinan generalmente en las colonias donde son numerosos los esclavos. Infórmense de los que han vivido en ellas, y se estremecerán del abismo de corrupción y de pecados, de que estos infelices son ocasión e instrumento. ¡Y se seguirán trayendo del África estas criaturas con tanta crueldad como hemos visto, para que el catequista les imponga en que es delito lo que todos los demás le enseñan, y aun casi obligan a hacer! ¿Cuál es la esclava que no viene a discreción de cuantos europeos la conducen, y que no lo está a la de cuantos la rodean en América? ¿Qué honor, que resistencia se puede esperar en una raza tan ignorante y abatida? Digan los que conocen a los pueblos de la América española donde los esclavos abundan, si hay intriga por infame que sea, en que los negros no sean los instrumentos y confidentes principales de sus amos. Pero, la pintura de la corrupción que los esclavos ocasionan en América es tal que ni la pluma puede fácilmente ejecutarla, ni el pudor parar sus ojos en ella. Baste lo dicho para excitar el celo de los españoles amantes de su religión, contra un abuso que ocasiona más ofensas del cielo que acaso ningún otro de cuantos atraen su indignación sobre los hombres¹.

¹ Que el emplear la esclavitud bajo pretexto de extender el

Últimamente, si después de todo lo dicho hay algún cristiano de corazón que dude que el ir a apresar negros al África es un delito que el Cristianismo condena: si profesando la ley que dice *no matarás, no hurtarás; amarás a tu prójimo como a ti mismo*, todavía cree que el tráfico que causa tantas muertes, tantos robos, tantos tormentos a criaturas humanas, puede conciliarse con la profesión de cristiano, por medio de alguna distinción o efugio; sepa que la acción de apresar hombres está prohibida expresa y nominalmente por autoridad divina, y puesta entre los delitos más horribles e infames que el Cristianismo condena. Ministros del Evangelio que con tanto ardor y celo alzáis vuestra voz contra toda especie de crímenes en España, ¿cómo no paráis vuestros ojos

cristianismo es contra los intereses de la religión, está declarado por el Papa Paulo III en los dos breves que expidió en 1537, condenando bajo gravísimas censuras a los que esclavizaban a los indios bajo pretexto de hacerlos cristianos... "*Humani generis aemulus modum excogitarit hactenus inauditum, ne verbum Dei gentibus, ut salvae fierent, praedicaretur, aequosdam suos satellites commovit qui suam cupiditatem adimplere cupientes, Occidentales ac Meridionales Indos, et ALIAS GENTES... sub pretextu quod fidei Catholicae expertes existant, tamquam bruta animalia ac nostra obsequia redigendos esse passim asserere presumant... Nos igitur attendentes Indos ipsos, licet extra gremium ecclesiae existant, non tamen sua libertate privatos vel privandos esse*" &c &c. (Apud Torquemada). La razón es tan idéntica, y el caso es tan igual en los negros, además de que el Breve habla expresamente de cualquiera otro pueblo (*alias gentes*) que se hallen en iguales circunstancias, que se puede decir, sin la menor duda, que las expediciones destinada a traer negros están condenadas por la Silla de Roma.

sobre esta expresa declaración de San Pablo, en su 1^a Epístola a Timotheo, cuando enumera las clases más horribles de malvados, de este modo: *Sabiendo que la ley no está puesta para el justo, sino contra los rebeldes, impíos y pecadores, contra los malvados e impuros, los parricidas y matricidas, los homicidas, fornicarios, pecadores nefandos, APRESADORES DE HOMBRES*², *embusteros, perjuros, y cualquiera otra cosa que sea opuesta a la sana doctrina "Sciens hoc, quia justo lex non est posita, sed injustis et non subditis, impiis et peccatoribus, sceleratis, et contaminatis, parricidis & matricidis, homicidis, fornicariis, masculorum concubitoribus, PLAGIARIIS, mendecibus, perjuriis, & si quid aliud sanae doctrinae adversatur?"*³.

¿Admite esta sentencia evasión alguna? ¿Hace acaso al Apóstol distinción entre los *plagiarios* o apresadores de hombres, o disculpa a los que roban gentes bárbaras, o poco civilizadas? No: el que se emplea en apresar hombres para hacerlos esclavos, es contado por el Apóstol entre los más infames delinquentes. ¡Y aún hay reinos que profesando la fe de Cristo protegen el tráfico en negros!

² La palabra Latina *Plagiarius* expresa exactamente la ocupación que en uestros días ejercen los apresadores de negros (Véanse los Diccionarios). Apresador de hombres, correponde a la palabra original del texto Griego *Andrapodises*, que viene de *Aner andros* el hombre y *Podisiu* echo grillos, apreso.

³ 1 ad Timotheum, c. i. v. 9 et 10.

EPÍLOGO Y CONCLUSIÓN

Cuando se hubo expuesto ante la Cámara de los Comunes de Inglaterra el conjunto de miseria y dolor, que es efecto inevitable de las expediciones por negros a la costa de África, el célebre Mr. Pitt protestó en uno de sus más elocuentes discursos, “que de cuantos males prácticos han afligido a la humanidad en el discurso de los tiempos, ninguno iguala al tráfico en esclavos”.

La brevedad con que ha sido preciso pasar por los puntos más principales de la historia de este cruel comercio, y más que ella el débil colorido que ha podido prestarle nuestra pluma, podrán, acaso, haber dejado impresiones mucho más imperfectas en nuestros lectores, que las que en aquel hombre extraordinario debió producir la masa inmensa de pruebas que se presentó a su vista en las declaraciones de los testigos que examinó el Parlamento.

Pero es tal la naturaleza del objeto presente, que su más rudo bosquejo bastará a causar el efecto deseado en todo aquel que se digne prestar una mediana atención a lo que va expuesto. El único riesgo

que corre la causa del África, en el juicio individual de la nación española, a que apelamos en su nombre, es que los contrarios suelen usar de los artificios más sutiles, para confundir a los imparciales, ya distrayéndoles la atención a fin de que no la fijen sobre los males esenciales e inevitables del tráfico, ya atemorizando su imaginación con pinturas vagas de consecuencias funestas, en caso de abolirlo; y, últimamente, evadiendo el efecto de la indignación y compasión pública, con la súplica de que se deje el remedio de estos males para más adelante.

Una breve recapitulación de los males, *esenciales e inevitables* que causan y causarán la continuación de expediciones por negros a la costa de África, será contraveneno eficacísimo a todos estos artificios.

Empezando por África; —jamás deben olvidarse los males que el tráfico produce en ella. Imaginemos, si es posible hacerlo, con suficiente viveza, las miserias que sufren cada uno de los esclavos que forman la carga de los barcos negreros; añadamos el sentimiento, el abandono en que deben quedar sus padres, sus mujeres, y parientes cercanos; agreguemos la devastación, las desgracias que infaliblemente deben causar las excursiones predatorias, a una infinidad de personas, además de las que son efectivamente cogidas para esclavos en ellas. Unamos a lo dicho, las guerras perpetuas, los odios, las venganzas, y sus inmediatas consecuencias, los incendios de pueblos, la destrucción de las labores, las hambres, las pestes y la demás multitud de horrores que la guerra lleva en pos de sí, en los países poco civilizados; sumemos todo este cúmulo, si alcanza la

imaginación a ello; y aún no habremos comprendido los males que la avaricia europea está causando, ha más de doscientos años en el continente de África; porque después de todo esto, aún queda agregar la aflicción, el terror, la agitación perpetua de cada habitante, y en especial los débiles e indefensos, deben, por necesidad sufrir cada día, cada hora, cada instante que dure el riesgo de que los arranquen de sus casas, para transportarlos a América. Póngase cada cual en el lugar de estos infelices, figúrese que vive en un país donde todos los que sean más fuertes que él, pueden apresarle cuando quieran: que si él es capaz de defenderse, no lo son su mujer, ni sus hijos; que su casa puede ser incendiada de noche, y que su familia puede ser cautivada de día. Imagínese el que esto lea, en semejante estado, y vea si cada respiración no debe ser un gemido en tan infeliz situación; si los lazos más dulces de la naturaleza no deben convertirse en tormento, y el hogar doméstico en un lugar de congoja! Acuérdesse por último de que todo esto recae sobre criaturas humanas, iguales a él en los sentimientos naturales, con imaginación que anticipa los males, e inclinaciones que le hacen conocer la felicidad y apetecerla. Ninguna de las naciones incultas aman tanto el mundo de la quietud y los placeres de su hogar, como los negros¹; y no hay choza en toda la extensión del África en que se ejerce el tráfico, cuyos habitantes puedan gozar ni un momento de seguridad y sosiego!

¹ Así lo atestiguan Mungo Parke, y todos los viajeros.

Volvamos ahora la vista al barco que leva el ancla y empieza a alejarse de la costa. Allí va el marido que ha sido arrancado de los brazos de su mujer, la mujer que ha sido robada al marido, el padre que deja a sus hijos sin apoyo, el hijo que pierde para siempre a sus padres. Allí van sin saber adónde. Allí van estibados en una bodega pestífera, en grillos, y prisiones, llagados, maltratados, enfermos del mar, atemorizados de una multitud de objetos que deben ser horribles en extremo para quien no tiene idea de la navegación. Veámoslos atormentados, e irritados unos con otros, hasta que el abatimiento viene en pos de la ira, y empieza a devorar lentamente el corazón, sin que, las más veces, tenga fuerzas bastantes para acabar sus tormentos con una muerte apetecida. Allí la imaginación los devora, el tratamiento brutal de los marineros los irrita. No, no son *semi-bárbaros* los que esto sufren; aunque bastará una centella de racionalidad para que fuese intolerable su tormento. Muchos de ellos son, según el verídico y desapasionado Mungo Parke, hombres de cierta educación; algunos gozaban autoridad y consideración en su tierra. “Mas, todos (diremos con un escritor tan humano como elocuente²) todos los que componen ese cargamento, puesto que le hemos de dar ese odioso nombre, —todos son padres, o hijos, maridos o esposas— todos tenían un hogar, todos tenían una familia”.

“Pero las enormes dimensiones (continuaremos con el mismo escritor) de esta masa de miseria son tales que nuestra capacidad no puede abarcarlas.

² Mr. Wilberforce. *Letter on the Slave Trade*.

Nuestros afectos se pasman con la grandeza de los males; nuestra imaginación se pierde en la inmensidad de la escena; y nuestra atención se distrae con la multitud de objetos que se le presentan a una. Razones muy poderosas podemos descubrir del porqué la eterna sabiduría nos crió más sensiles respecto de un caso lastimoso cuyas menudas circunstancias sabemos, que a una grande acumulación de males cuando la vemos en globo. Si yo pudiera presentar una por una las partes de que se compone este inmenso cúmulo; si os las pudiera pintar con sus desgraciadas circunstancias, seguramente podríais formar una completa idea del mal que queremos cortar radicalmente. Esto no es posible ahora. Empero al acabar el tristísimo cuadro que hemos bosquejado, empleemos siquiera un momento, en entresacar a uno de esos negros, o a una familia cautiva, y seguirlos con la imaginación, desde que fueron apresados en su casa, en uno de los ataques nocturnos que hemos descrito; o desde que fueron sentenciados a esclavitud a beneficio de los que los condenaron, hasta el fin de su miserable vida. Yo no intentaré hacer la descripción de sus tormentos. Juzgad vosotros por vosotros mismos, lo que debe sufrir en las varias situaciones en que sucesivamente ha de hallarse”.

“Imaginaos, si podéis, el ansia, con que al ser arrastrado por sus apresadores, volverá los ojos a su pueblo nativo, donde deja a su mujer e hijos; o si suponemos que van con él, la congoja con que los ve padecer, y con que mira el terrible porvenir que le espera. Seguidlo en su larga y penosa marcha a la costa, vedlo cómo, exhausto de fuerzas con el cansancio y la aflicción, lo hacen caminar cual si fuese

una bestia, a latigazos; o si va en compañía de su familia, juzgad lo que sentirá al ver a su mujer o su hija, es obligado a seguir adelante y sacar fuerza de su flaqueza, usando el mismo brutal recurso³. Observadlo al embarcarse, viéndose entregado a gentes cuyo color, aspecto y lenguaje le son enteramente nuevos; y rodeado de objetos que le deben llenar de terror. Si la infeliz familia de este desgraciado no va esclava con él, la idea de que queda abandonada y de que jamás ha de volver a verla, debe ahogarle el corazón. Si su mujer o su hija le acompañan en su desgracia, pronto las arrastran a otra parte del navío. Allí están; mas no puede verlas; la certeza del maltrato que sufren en comun con él, lo acongoja; la imaginación de lo que más puede llenar de furor a un padre o a un marido, que sabe que su hija o su mujer está a discreción de la tripulación del barco, le destroza el alma; una tabla los separa, y ella basta a impedirle que alivie su miseria, o defienda su flaqueza”.

“Pero ved a nuestra desdichada familia que llega al puerto de un destino, e imaginad las abominaciones de un mercado de negros. Ved a ese infeliz o a esa familia, puestos en cueros como bestias, y como tales manoseados, y examinados para ver si están sanos y fuertes. Vedlos saltar y bailar para mostrar su agilidad; o, lo que es más lastimoso, vedlos que temiendo el ir con diversos dueños, se empeñan to-

³ Se suplica al lector que se acuerde de la narración del viaje de los esclavos que hace Mungo Parke, y va inserta en este bosquejo.

dos en manifestar animación y fuerzas, para captar la aprobación de un mismo comprador, en cuanto que su corazón está devorado de pena. Probablemente los individuos de esta familia son comprados por diversas personas; acaso son llevados a diversas tierras; y ved aquí desvanecidas la triste esperanza de cosumir sus vidas en un mismo cautiverio; o si son comprados para una misma hacienda, vedlos cómo son llevados a ella, y cómo empiezan el interminable trabajo en el que han de pasar sus años; la carrera de degradación que los ha de conducir al sepulcro; ellos, sus hijos, los hijos de sus hijos; sí, ni un rayo de esperanza luce en sus corazones; el mismo trabajo, la misma opresión hasta la muerte! ...Pero un negro no muere tan fácilmente. Por su mayor desgracia le queda una larga vida; probablemente tendrá que sufrir durante ella la brutalidad de otra y otras muchas ventas, y ser otras tantas veces separado de lo que ama, si aún le queda algo que dar en su esclavitud. ...Feliz él si es llevado a desmontar un terreno inculto adonde el trabajo y lo malsano de la tierra, ponga pronto fin a sus tormentos! Cuánto más apetecible es esta suerte que la del que llega a una vejez en que, separado de cuanto le fue caro en sus mejores días, le faltan aquellos dulces apoyos que el benigno autor de la naturaleza ha destinado a sostener la flaqueza, y a consolar la aflicción de nuestros cansados años! Volver a todas partes la vista, y no hallar el rostro de un pariente, ni de un amigo, ni de una mirada que dé consuelo —ni una mano que ofrezca apoyo—, es situación tan en extremo triste que aunque los anteriores años de la vida del negro traí-

do del África presenten escenas infinitamente más horrosas, por la intensidad del dolor que ha sufrido en ellas, ninguna puede compararse al término de su carrera por la desolación que le acompaña. La profundísima tristeza, y desconsolado abandono con que la muerte se acerca a soltar de sus grillos al africano esclavo, puede decirse que es la más melancólica escena que presenta la historia de las desgracias del hombre”.

Ahora bien; sólo en la isla de Cuba, sabemos positivamente que en estos últimos veinte años, han entrado cerca de doscientas mil criaturas, cuya historia es igual a la que acabamos de oír. A la hora misma que esto se escribe, o a cualquiera que se lea, se puede asegurar que se está verificando la misma serie de horroses, en algunos de sus diversos períodos. Y no obstante, se insiste en que el atajarlos de una vez, sería causa de *mayores males*! Sí, ya los hemos oído: el epílogo y suma de todos ellos es que cuesta más criar un negro que mandar por él al África!⁴.

No se contentan los interesados en el comercio de negros, con que la humanidad cubriéndose los ojos les abandone las víctimas que ya han sido conducidas a las colonias; no les basta que las impasibles leyes declaren que los hijos de esclavos son propiedad de sus dueños por generaciones sin término. No se satisfacen con que les dejen acrecentar la infeliz grey de sus siervos como aumentan sus ganados. No: quieren que muerto un esclavo, esté ya

⁴ Véase el cap. ii de la 2ª parte de este bosquejo.

otro pronto en el mercado para sustituirlo, sin más trabajo, ni cuidados que pagar el precio que se estipule. Todo lo que no sea esto, producirá según los traficantes, *males mayores* que las crueldades, robos, incendios y desolaciones que causan sus barcos en el África. En verdad que males bien graves se podían temer de las disposiciones que muestran, si ese mismo interés que les hace no tener compasión de los negros por quienes envían, no los hubiese de forzar a ser compasivos con los que actualmente tienen, luego que pierdan la esperanza de hallar otros en el mercado. Para neutralizar la sensibilidad que pueden excitar los abogados de la abolición del tráfico, dicen que este sería el medio de que los esclavos actuales tengan más trabajo que el que sufren sus fuerzas⁵. Como si los que confiesan que pueden ser tan crueles por el deseo de ganancia, hubieran de aliviar a sus esclavos cuando tuviesen muchos, a quienes atarear de muerte. Tiempo ha que está calculado ¡y jamás se ha hecho cálculo más horrendo!) que un negro a quien se hace morir a fuerza de trabajo, produce más ganancia, aunque haya que comprar otro, que dejándolo vivir el tiempo que naturalmente viviera de otro modo. Quien es capaz de amenazar a los pocos, como lo hacen los de La Habana ¿qué escrúpulo tendrá en seguir este cálculo respecto de cuantos esclavos compre, aunque se cuenten por miles?

Hombres sensibles, españoles generosos, desengañaos de una vez: interés tan violento como el que

⁵ Representación de La Habana.

se necesita para desentenderse del cúmulo de miserias que presenta el tráfico de esclavos, a nada cederá sino a una necesidad absoluta. Para que los esclavos que existen en vuestras Américas sean bien tratados cuanto su situación lo permite, impedid el que puedan traerse otros. Para que se propague esta raza desgraciada, y se les conceda a los infelices negros el amargo placer de verse rodeados de hijos que han de pertenecer a otro, cerrad la puerta al aumento de esclavos por importación. Cerradla y sea luego, sin detención alguna. Si os dijeren que Inglaterra tardó veinte años en efectuar la abolición, acordaos de que vosotros habéis tardado, en el mismo sentido, más de treinta. Aquellos veinte años de lucha entre la humanidad más desinteresada, y el interés más feroz y atrevido, no deben ser perdidos para los demás de Europa. Querer emplear tanto tiempo como Inglaterra en la abolición de una cosa que ella demostró ser “el mayor de cuantos males prácticos ha conocido el mundo”, sería hacer lo mismo que el que quisiera continuar vendiendo una droga venenosa por tantos años cuantos en otro reino se hubiesen gastado en demostrar que causaba la muerte. No el Gobierno, sino los interesados en el tráfico lograron el horrible triunfo de mantener este borrón del hombre británico veinte años más de los que hubiera durado sin sus esfuerzos. Si éste es el modelo que se le propone a la nación española; si se le quiere obligar a que calcule sobre esta base los años que debe permitir a sus vasallos ser *piratas y asesinos*; consideren que ya han tomado de antemano la cuota que les pertenece. Cuatro años que van desde que se declaró en sus

Cortes que la introducción de esclavos africanos debía prohibirse, son más a proporción del *interés* que España tiene en el tráfico, que veinte, respecto del que tenía Inglaterra.

Pero no concluyamos con cálculos tan odiosos, ni dejemos infestadas la imaginación de nuestros lectores y la nuestra con los abominables regateos de la inestabilidad y la avaricia. Acordaos, españoles, que un corto número de individuos está haciendo a vuestro nombre el comercio de sangre que habéis visto; reflexionad que vuestra bandera ondea sobre estos cargamentos de dolor y de lágrimas que atraviesan todos los días el océano; que el nombre de la nación española es la salvaguardia que llevan sus verdugos: y que ese ilustre nombre no sólo protege la iniquidad, y se vicia de algunos de sus bastardos hijos, sino que encubre a los piratas de otras naciones que bajo la bandera española cometen iguales o mayores excesos. Acordaos de que esto se verifica con gran frecuencia, y que los gemidos de esos pobres africanos a quienes en vuestro nombre se martiriza, se exhalan a cada hora; y que aunque no lleguen a vuestros oídos, ascienden ante el trono del padre común de los hombres. Su mano paternal os ha librado del yugo de vuestros opresores: acordaos de que también vosotros habéis visto a extranjeros asolar vuestra patria; dejad pues, en paz a la ajena; dejad a esos infelices africanos la escasa porción de bienes que el cielo les ha concedido en su tierra; dejadlos en paz adelantar poco a poco en el camino de la civilización, y no porque sean pobres e ignorantes queráis tratarlos peor que las bestias del campo. Po-

bres son e ignorantes; pero corre en sus venas la misma sangre que en las vuestras; el dolor que arranca sus gemidos, no es de otra naturaleza que el vuestro; iguales a las vuestras, las lágrimas que vierten sus ojos. Como vosotros, son padres e hijos, y hermanos. ¡Mártires del patriotismo español! ¡Vosotros los que habéis perdido las prendas más queridas de vuestras entrañas, sacrificadas a la ambición de un extranjero que quiso esclavizar vuestra patria! ...Por vuestro dolor, y amargura, no permitáis que *españoles* vayan, de hoy más, a la costa de África a exceder en crueldad e injusticia a esos invasores que os han destrozado el alma. Dejad al padre sus hijos, al marido su esposa, vosotros que sabéis lo que es verlos arrancar de sus hogares por soldados extraños.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

(Manuel Moreno Alonso).....9

BOSQUEJO DEL COMERCIO DE ESCLAVOS Y REFLEXIONES SOBRE ESTE TRÁFICO CONSIDERADO MORAL, POLÍTICA Y CRISTIANAMENTE

Advertencia69

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Modo de proveer el mercado. Efectos morales del tráfico en África.....73

Capítulo II

Carácter de los negros91

Capítulo III

Cómo se conducen los esclavos, del interior a la costa. 113

Capítulo IV

Carácter general de los capitanes de buques negreros y de los conductores de esclavos: miserias del pasaje a las colonias 121

SEGUNDA PARTE

Capítulo I

*El comercio en negros considerado según las leyes
de la moral humana.....* 135

Capítulo II

*Sobre el tráfico en esclavos considerado
políticamente* 149

Capítulo III

El comercio en esclavos considerado cristianamente.... 173

EPÍLOGO Y CONCLUSIÓN 185

